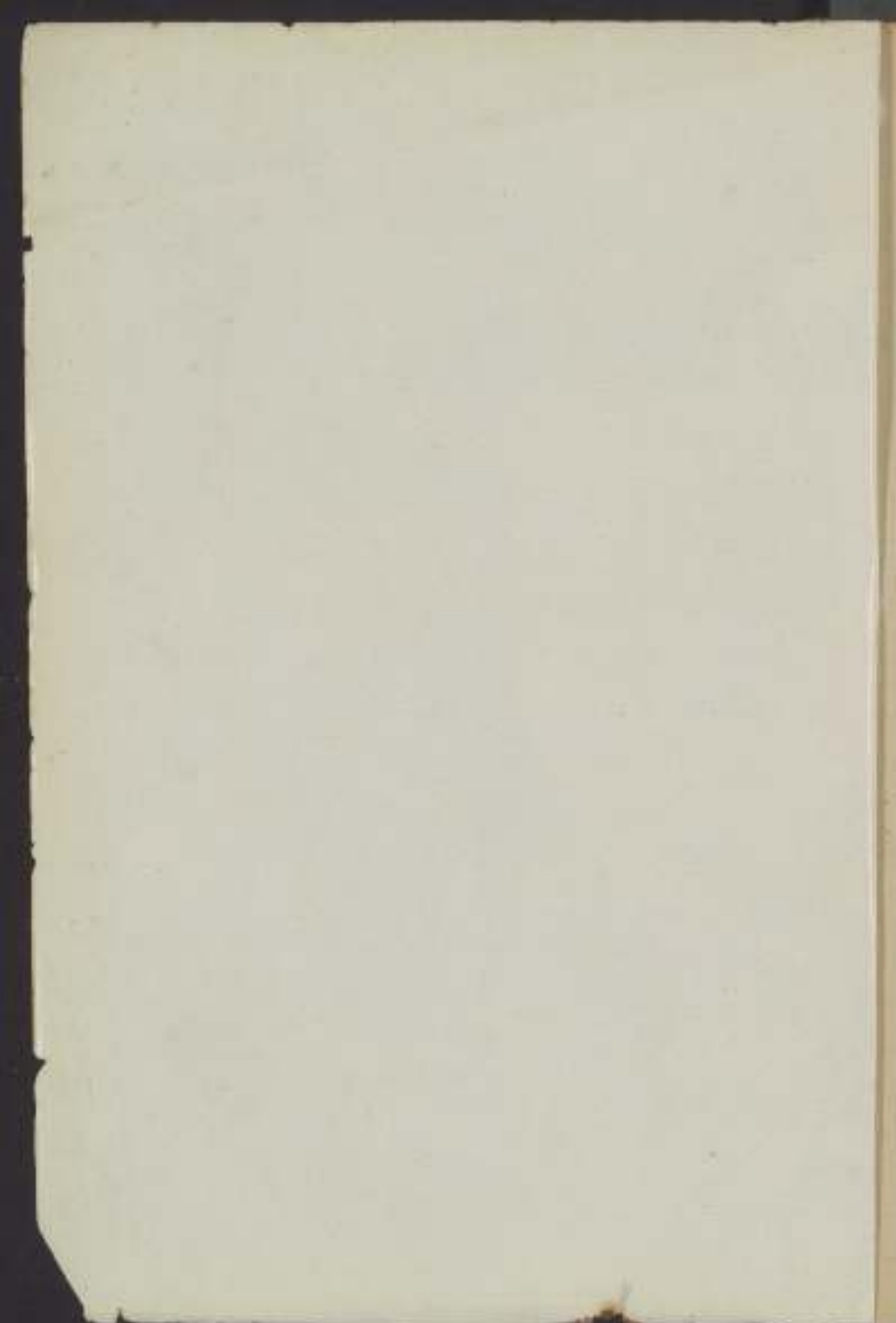


Cumbres BORRASCOSAS

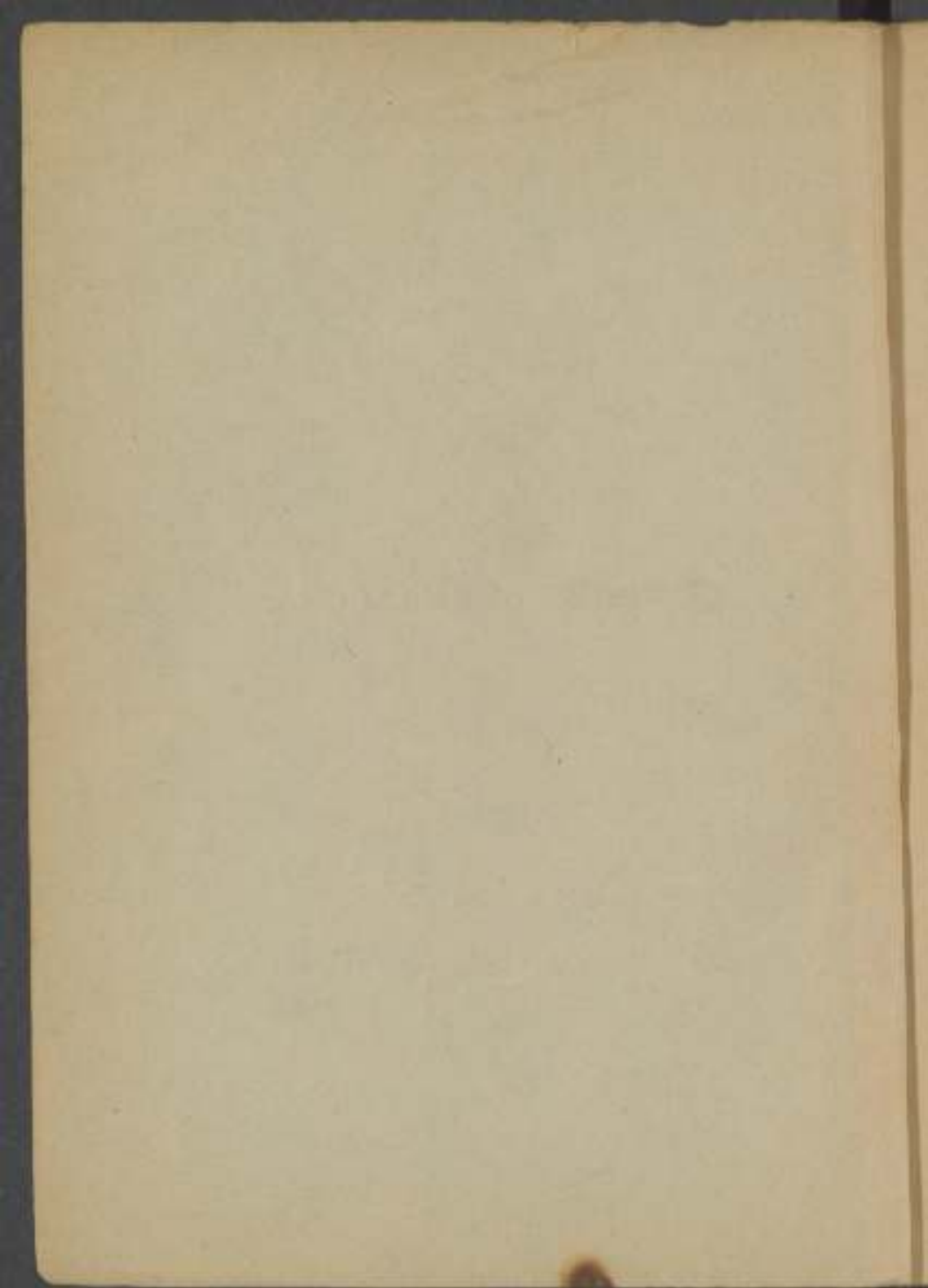


Merle
OBERON
Laurence
OLIVIER
David
NIVEN





CUMBRES BORRASCOSAS



EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

CUMBRES BORRASCOSAS

Magnífica producción, según la novela de

EMILY BRONTE

Dirección de

WILLIAM WYLER

Producida por

SAMUEL GOLDWYN

Es una exclusiva de

PRODUCCIONES CLIMENT

Distribuida por

MERCURIO FILMS, S. A.

PRINCIPALES INTERPRETES

Merle OBERON

Laurence OLIVIER

David NIVEN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Cumbres borrascosas

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

PROLOGO

Desoyendo imprudentemente los consejos de la gente del llano el señor Lockwood quiso emprender aquella misma tarde el camino que debía conducirle a La Granja de los Tordos, pero ahora, bajo el azote del viento y de la nieve, tratando vanamente de orientarse en la oscuridad de la noche después de una hora de búsqueda infructuosa, empezaba a arrepentirse de haber querido hacer su santa voluntad.

De pronto encontróse frente a la verja de una casa conocida en el condado de Yorkshire por el extraño nombre de "Cumbres Borrascosas" y que sabía habitada por un hombre raro al que algunos se atrevían incluso a calificar de malvado. Pero como era enteramente imposible seguir adelante y La Granja se hallaba más allá de los pantanos, al otro lado de la montaña, el señor Lockwood decidió acogerse a la hospitalidad más o menos problemática que pudiera dispensarle el dueño de la casa.

Empujó la verja que giró sobre sus goznes. El señor Lockwood atravesó resueltamente el pequeño jardín y llamó a la puerta. Una voz de hombre contestóle:

—¡Adelante!

El señor Lockwood no se hizo repetir la invitación. Deseaba, en verdad, encontrarse bajo techo. Apenas atravesó el umbral le salieron al encuentro dos perros enormes, ladrándole amenazadores. El señor Lockwood se detuvo y dirigiéndose a un hombre alto, un poco encorvado, que se hallaba de pie, frente a la chimenea en la que crepitaban unos leños, suplicó:

—Llame usted a estas fieras, por favor.

El hombre atendió su ruego.

—¡Quietos! ¡Quietos! ¡A callar! ¡Venid aquí! ¡Quietos! ¡Venid aquí en seguida!

Los perros volvieron al lado de su amo, mirando, empero, con ojos ama-

nazadores, al recién llegada. Un tanto tranquilizado, el señor Lockwood preguntó al hombre alto:

—¿Es usted el señor Heathcliff?

—Sí—contestó secamente el interpelado.

—Bien. Yo soy el señor Lockwood, el nuevo inquilino de La Granja. Me he perdido. ¿Podría servirme de guía algún criado suyo?

—No. Sólo tengo uno y lo necesito aquí.

Hubo un corto silencio que empleó el viajero en echar una rápida mirada a su alrededor. El aspecto de la habitación no era muy agradable, más bien resultaba sombrío e inhospitalario. Debía haber sido risueño y confortable, pero un descuido visible había dejado una huella indeleble en los muebles y en las paredes.

Frente a Heathcliff, hundida en un sillón, había una mujer relativamente joven, pero con el rostro marchito y triste. Era extremadamente delgada y sus ojos tenían un círculo morado a su alrededor.

Un poco más cerca de la puerta, sentados junto a una mesa, había un hombre y una mujer, viejos los dos, con el cabello completamente cano y la cara llena de arrugas.

Terminada la rápida inspección el señor Lockwood armóse de valor y en respuesta a la seca negativa del propietario de la casa insinuó con voz meliflua:

—Pues tendré que quedarme aquí hasta mañana.

El señor Heathcliff se encogió de hombros.

—Haga lo que le parezca.

—Gracias por su hospitalidad—repuso

el señor Lockwood, que había poseído siempre un fino sentido del humor—¿Podría usted darme una taza de té?

La mujer sentada en el sillón le miró con expresión indiferente. Luego, dirigiéndose a Heathcliff, le preguntó:

—¿Se la doy?

—Ya le has oído pedirlo—fue la respuesta.

—Gracias. Supongo que esta amable señora es su esposa—dijo el viajero tratando de mostrarse cortés sin conseguirlo enteramente ya que la actitud francamente hostil del dueño no le invitaba mucho a serlo.

—Sí.

De nuevo se hizo el silencio. Si de algo pecaban los habitantes de "Cumbres Borrascosas" no era de exceso de elocuencia. El señor Lockwood permaneció unos instantes de pie, en medio de la estancia, y como se sentía terriblemente cansado y, por otra parte, nadie le invitaba a sentarse, decidió decirle al dueño de la casa:

—¿Sería abusar de su estimable hospitalidad si me sentase?

Heathcliff tardó un poco en contestar. Por lo visto, era su costumbre. Y mientras el señor Lockwood esperaba una respuesta afirmativa para tomar asiento, se entretuvo en observarle a hurtadillas.

Era un hombre extremadamente alto y todavía fuerte, a pesar de que su edad oscilaría entre los cuarenta y cinco y cincuenta años. Tenía el pelo gris, pero se adivinaba que debió tenerlo negrísimo en su juventud. Debía también haber sido guapo, a juzgar por la corrección de sus facciones, un poco duras y extremadamente vítiles. Lo más interesante de él eran sus ojos. Muy negros

y hundidos en sus órbitas, tenían una expresión tal, que se hacía difícil resistir su mirada. Brillaban en la semiobscuridad de la estancia y el señor Lockwood experimentó la desagradable impresión de que le estaban analizando fríamente, no sólo como a un extraño, sino como a un huésped desagradable.

Al fin, el señor Heathcliff decidió romper aquel silencio. Sus palabras no habrían podido ser consideradas precisamente como un tratado de urbanidad.

—Espero que mi hospitalidad le servirá de lección para que no haga usted más viajes por estos pantanos—contestó agriamente—. En cuanto a quedarse aquí esta noche, no dispongo de habitaciones para viajeros. Si quiere, puede usted dormir con mi criado.

El señor Lockwood se tragó una palabra bastante fuerte que estaba pugnando por salir de sus labios desde que había hecho su "trianfal" entrada en la casa y contestó con frialdad:

—No, gracias, dormiré en una silla.

—No, no—rechazó el dueño de la casa—. Un extraño es un extraño. Los huéspedes son tan raros en esta casa, que apenas sé cómo recibirlos. Y mis perros tampoco.

No necesitaba esforzarse mucho para convencer al viajero de que entre sus virtudes no contaba con la de la hospitalidad. Pero afuera nevaba copiosamente, hacía un viento terrible, y el señor Lockwood no tenía el menor deseo de marcharse sólo por darle gusto al dueño de "Cumbres Borrascosas". Decidió, pues, tragar la bilis necesaria para poder pasar aquella noche más o menos confortablemente bajo techo y esperó la decisión de Heathcliff. No tar-

dó en salir de dudas, por cuanto éste, dirigiéndose a su criado, ordenó:

—José, abre las habitaciones de arriba.

La mujer de Heathcliff sirvió una taza de té y el señor Lockwood se dispuso a retirarse. José le acompañó al cuarto que le había sido designado. Era una habitación del piso alto, sombría y destartada. Apenas puso el pie en ella, el señor Lockwood pudo comprobar que la temperatura que reinaba allí dentro no se diferenciaba gran cosa de la que reinaba afuera. Al observar que había una chimenea suplicó tímidamente al criado:

—Si quisiera encender el fuego...

—No, el fuego no ardería, señor—repuso José con un tono que, comparado con el de su amo, resultaba extremadamente amable—. La chimenea está tapada.

El señor Lockwood se resignó. Tenía el sueño fácil y con un poco de buena voluntad conseguiría llegar hasta la mañana siguiente. Cogió la vela que le tendía el criado y repuso:

—Muy bien, gracias. Buenas noches.

Salió el criado y Lockwood se acostó vestido. No era cosa de quedar becho un sorbete en aquella habitación glacial. Apagó la vela y se dispuso a hacer todo lo posible para llamar al sueño, pero, contrariamente a lo que solía sucederle, aquella noche que tanto lo necesitaba el sueño se negaba a cerrar sus párpados.

La tempestad de viento y de nieve arreciaba cada vez más. Ahora el viento ululaba de una manera terrible. Uno de los postigos de la ventana había quedado suelto y su ruido al golpear contra la pared le impedía dormir.

Se levantó y se acercó a la ventana.

La nieve caía ahora espesísima y el viento cantaba una sinfonía escalofriante. Habíase dicho que hablaba un lenguaje misterioso, ya que al señor Lockwood le parecía incluso oír un susurro de voces humanas. Abrió la ventana, sacó la mano para sujetar el postigo, y un grito de espanto, mejor dicho, de verdadero horror, salió de su garganta. Y empezó a gritar:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Señor Heathcliff! ¡Señor Heathcliff!

El dueño de la casa no tardó en acudir. Llevaba una luz en la mano y sus ojos sombríos y duros se fijaron en la lamentable figura del señor Lockwood, en cuyo rostro el espanto había dejado sus huellas. Antes de que pudiera preguntarle nada, el huésped le explicó el motivo de su alarma:

—Hay alguien que llama, señor Heathcliff. Alguien se ha perdido en la tormenta. Es una mujer: he oído sus gritos. Dijo un nombre... "Cathy"; sí, sí, eso era, "Cathy"...

El señor Heathcliff habíase acercado al viajero. Sus ojos parecían una llama ardiendo. Cogió al señor Lockwood por las solapas y empezó a sacudirle con fuerza. El señor Lockwood, vuelto en sí de la especie de delirio que acababa de sufrir, suplicó con voz humilde:

—Perdóneme usted, señor Heathcliff. He debido estar soñando.

Fiel a su costumbre, el dueño de "Cumbres Borrascosas" tardó un poco en contestarle. Cuando lo hizo, fué algo así como si el huracán que soplaba en la parte de afuera acabase de entrar por la ventana:

—¡Fuera de esta habitación! — gritó — ¡Fuera! ¡Fuera, le digo!

Y mientras el señor Lockwood se

apresuraba a obedecerle bajando de cuatro en cuatro los escalones, Heathcliff, como si se hubiese vuelto loco de repente abrió la ventana de par en par, asomóse a ella, y empezó a gritar, con un grito que tenía algo de inhumano:

—¡Cathy! ¡Cathy! ¡Ven! ¡Cathy, vuelve a mí... ¡Cathy, mi vida!... ¡Ven una vez más, amor mío, corazón mío!... ¡Cathy, mi vida, mi Cathy!...

Lloraba... Sí... lloraba. Sus ojos negros y duros se habían llenado de lágrimas, que resbalaban por sus mejillas de un color moreno subido, algo decarnadas...

De pronto se dirigió a la puerta, salió del cuarto, bajó la escalera a una velocidad de relámpago, cruzó la entrada, abrió la puerta de la casa, y salió afuera, perdiéndose en la obscuridad. No sentía ni la nieve ni el viento. Iba como loco, en pos de una visión fugitiva. La misma visión entrevista por el señor Lockwood un momento antes. Sus labios seguían gritando obstinadamente el mismo nombre: ¡Cathy, Cathy, Cathy!...

El señor Lockwood, que le vió salir, miró asombrado al ama de llaves, la anciana señora Ellen, que dormitaba en una butaca y que al oír los gritos de Heathcliff habíase despertado. Preguntóle a dónde iba su amo con aquella tormenta y recibió la respuesta más extraña que habría podido soñar jamás:

—Ella le llama y él la sigue hasta dentro de los pantanos.

—Pero, ¿qué está usted diciendo?— inquirió el viajero creyendo haber entrado en una casa donde todos estaban locos de remate—. Si le hubiese visto hace un momento... Me agarró por el cuello y me echó fuera. Sin duda he soñado. Creí haber oído una voz que

llamaba, fui a cerrar el postigo, cuando algo me tocó, algo muy frío y atenuador, una mano helada. Y entonces la vi... vi una mujer; mis sentidos se trastornaron, porque la nieve que caía formaba algo que parecía un fantasma. Pero no era nada.

—Era Cathy — repuso Ellen en voz baja.

—¿Quién es Cathy?

—Una mujer que murió.

—No, no creo en fantasmas. No creo en fantasmas que sollozan a través de la noche. No creo en absoluto que la vida vuelva. Los muertos no pueden volver a vivir. No lo creo.

—Podiera ser que si le contase su historia cambiase usted de opinión respecto a los muertos que vuelven. Quizá sepa usted, como yo, que existe una fuerza que los hace volver si sus corazones latieron con ímpetu en la vida...

Hubo un silencio. Una sombra pareció

pasar por la estancia. Era sin duda una alucinación, pero el señor Lockwood se estremeció de pies a cabeza. Miró a Ellen, hundida en el sillón, con el rostro lleno de arrugas, la mirada cansada, húmeda de lágrimas. Y casi con un hilo de voz le hizo una súplica ferviente:

—Cuéntame la historia, por favor...

La voz un poco cascada de Ellen se dejó oír para evocar con acento nostálgico aquel pasado íntimamente relacionado con el nombre que el señor Lockwood había creído escuchar con el ulular del viento.

—Empezó hace cuarenta años, cuando yo era joven y estaba al servicio del señor Earnshaw, el padre de Cathy. Vivíamos aquí, en este condado de Yorkshire... Entonces "Cumbres Borrascosas" era un lugar adorable. Clima delicioso, lleno de voces jóvenes y felices. Un día, el señor Earnshaw regresó de un viaje a Liverpool...

CAPITULO I

Siempre que iba a la ciudad, el señor Earnshaw traía algo para sus dos hijos, Cathy y Hindley, de diez y doce años, respectivamente. Aquel día, junto con los regalos de costumbre, traía algo más. Traía un muchachito de once años, moreno, de pelo ensortijado, sucio y desarrapado y, lo que es peor, hambriento. Precisamente en el momento en que el señor Earnshaw trepaba a la colina a lomos de su jaca, junto con el pequenuelo, Cathy sostenía una acalorada discusión con su criada Ellen, empeñada en lavarla y arreglarla antes de que su padre llegara.

—Yo no quiero que me laven; no me gusta estar arreglada—chillaba la muchacha.

José, el criado, acudió a recibir al señor Earnshaw y fué el primero en ser presentado a aquel caballerito que su amo traía consigo. También el doctor Kenneth, que pasaba frente a "Cumbres Borrascosas", trabó conocimiento con el recién llegado.

—Señor Earnshaw, ¿qué ha traído usted de Liverpool?

El interrogado mostró al pequeño salvaje que traía sentado a la grupa de su jaca, y explicó:

—Un regalo de Dios. Aunque es tan negro que parece venir del infierno.

Y viendo que el chiquillo, enojado tal vez por sus palabras, se disponía a saltar de la jaca, le retuvo diciéndole:

—Quieto, caballerito, quieto, coelrinito guapo. Estamos en casa.

—Tiene gesto de verdadero enfado.

—Y con razón. Le encontré hambriento en las calles de Liverpool, helado, magullado y casi sin vida.

—Y usted le ha raptado, ¿verdad?

—¡Ah!, no sin antes haber intentado saber quién era y a quién pertenecía; pero nadie se interesaba por él y, mejor que dejarle como estaba, me lo llevé a casa.

Un momento después salía Ellen, quien al ver a su amo acompañado del chiquillo puso una cara de asombro tal, que hizo reír al señor Earnshaw.

—No pongas esa cara de extrañeza, Ellen. El chico vivirá aquí una temporada. Dale un buen fregotazo y ponle una ropa más decente.

Ellen, que bajo su apatencia un poco ruda escondía un corazón de oro, miró unos instantes al chiquillo y acordó:

—Comida es lo que más necesita, por lo que se ve. Está el pobre hecho un espárrago... Vamos a la cocina, chico.

Y sin meterse en más averiguaciones, se lo llevó con ella. El señor Earnshaw entró en la casa y un momento después Cathy y su hermano bajaban atropelladamente la escalera y se echaban en brazos del padre.

—¡Papaíta querido!—gritó la chiquilla ebria de goro abrazándolo fuerte-

mente—. ¿Qué me has traído? ¿Qué me has traído?

—Ya verás, ya verás—repuso él, evasivo—. Es algo que tú has deseado siempre.

Y mientras esperaba darle la gran sorpresa, le mostró un látigo de montar.

—Toma, hija mía, pero ten cuidado cuando lo uses.

A Hindley le había traído un violín. Uno de los mejores de Liverpool. Se lo entregó después de haber pulsado las cuerdas, diciéndole:

—Bello sonido. Y un arco para tocar. Aquí lo tienes, Paganini.

La puerta que daba a la cocina acababa de abrirse para dar paso al ama de llaves acompañada de un rapazuelo. Acercóse al señor Earnshaw y le dijo, haciéndole un gesto de inteligencia:

—Tenía un hambre de lobo.

Cathy y su hermano clavaron en el muchachito sus ojos asombrados. Luego dirigieron la mirada hacia su padre, con expresión interrogante.

—Niños—dijo éste dispuesto a satisfacer rápidamente su curiosidad—. Este es un caballero que encontró en Liverpool y que ha aceptado mi invitación de hacernos una pequeña visita.

Los labios de Cathy se plegaron en un gestecillo desafiante.

—Está sucio—comentó.

—No hagas que me avergüence de ti, Cathy—la amonestó suavemente el padre—. Cuando le hayas limpiado bien. Ello, enséñale el cuarto de Hindley. Dormirá allí.

El hermano de Cathy se apresuró a protestar:

—¿En mi cuarto? No, no quiero, no se lo permitirá.

El señor Earnshaw adoptó una actitud severa. En cuanto al niño de las calles de Liverpool, el chiquillo astroso y miserable, el que el buen señor Earnshaw había arrebatado de las garras de la miseria llevado por el altruista afán de salvarle, miró francamente ofendido a aquel par de mequetrefes que le acegaban con tanta hostilidad. Hizo ademán de marcharse, pero oyó unas palabras que penetraron en su corazoncito y que habría de recordar siempre, a lo largo de su vida, como las más hermosas y las más impregnadas de espíritu cristiano que oyera jamás:

—Hijos míos, es conveniente que sepáis que tenéis que compartir lo que os sobra con otros no tan afortunados como vosotros.

Cathy bajó la cabeza avergonzada, no así Hindley, que siguió mirando al recién llegado con insolencia. Su padre volvióse hacia Ellen, para ordenarle:

—Rociégate del chico.

Con un movimiento instintivo, el muchacho pasó su brazo alrededor de la cintura del señor Earnshaw apretándose contra él, como buscando protección contra todo el mal que pudiera venirle de sus semejantes. Sinceramente emocionado, pero tratando de disimularlo, el señor Earnshaw exclamó:

—A ver, ¿cómo llamaremos a este peñillán? Le llamaremos Heathcliff.

CAPITULO II

Pasó algún tiempo, Cathy y Heathcliff se hicieron grandes amigos. La niña tenía un temperamento arrebatado y salvaje y había encontrado un alma gemela en la de Heathcliff. Ambos tenían los mismos gustos y las mismas inclinaciones. Les gustaba correr, trepar, saltar, subir a la cumbre de la montaña, descender como cabras salvajes, pelearse y reconciliarse, montar a caballo y hacer un sinfín de diabluras. Hasta en el físico se parecían, y si bien el color de la tez de Heathcliff era mucho más oscuro que el de la muchacha, sus ojos eran igualmente negros y brillantes, y también el pelo de ambos era negrísimo, aunque el de Cathy no fuera tan ensortijado como el de su compañero de juegos.

Aquella mañana, Cathy y Heathcliff habían salido a caballo y se habían lanzado al galope. Ambos animaban al noble bruto con sus gritos: "¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! Arre, Jena... ¡De prisa! ¡De prisa!"

Tan de prisa fué el caballo que montaba Heathcliff que incluso llegó a pasar el de Cathy a la que nadie había conseguido alcanzar hasta entonces. El chiquillo, gozoso de haberla vencido, se volvió hacia ella y le dijo, palmoteando:

—¡Te gané! ¡Te gané! Eres mi esclava y harás lo que yo te ordene. Tienes

que dar de beber a mi caballo y cuidar de él.

Había asumido una actitud de cómico despotismo, que sacó de sus casillas a su amiga.

—Eso no está bien, es descortés—repuso indignadísima.

Habían llegado a "Cumbres Borrascosas" e Hindley les salió al encuentro, cogiendo el caballo de Heathcliff por la brida. Este le preguntó:

—¿Qué andas buscando?

—Este caballo.

—No puede ser, es mío.

—Es igual. El mío está cojo y voy a montar en el tuyo.

—¿No lo harás?

—Dímelo o lé a decirle a mi padre que me has amenazado con echarme de casa cuando él muera.

Heathcliff enrojeció de rabia. ¿De dónde había sacado Hindley aquel embuste? Era cierto que no se querían, pero el chiquillo no habría sido capaz de decir nada semejante jamás. Al principio, había tratado por todos los medios imaginables de congraciarse con Hindley, pero no había conseguido otra cosa que disgustos y sinsabores. Hindley le tenía mala voluntad. En realidad, se la tenía a todo el mundo. Hindley había constituido siempre la preocupa-

ción de su padre, que procuraba inútilmente enderezarlo.

—¡Eso es mentira! ¡Nunca he dicho tal cosa!—protestó.

—Tú nunca has tenido padre, eres un gitano despreciable y no tendrás el mío.

—¡Hindley!—gritó su hermana indignada.

Heathcliff había descendido del caballo y se acercaba a Hindley, pero su aire no era agresivo. Sin embargo, Hindley cogió presurosamente una piedra y cuando Heathcliff se hallaba a dos pasos escasos de él se la tiró con fuerza, dándole en plena cara y haciéndole caer al suelo sin sentido. Cathy se fué directamente a su hermano y levantando la fusta que le regalara su padre el día que se trajo al muchacho, la descargó con furia sobre el rostro de Hindley al mismo tiempo que le decía, gritando rabiosamente:

—¡Le has herido, Hindley! ¡Voy a declararlo a papá! Te pegará por lo que has hecho.

—No te acerques a papá hasta que esté bien—advirtió el hermano con aire

amenazador—. ¡No has oído lo que el doctor Kenneth dijo?

Pero Cathy no le oía. Se había inclinado sobre Heathcliff y restañaba amorosamente con un pañuelo la sangre de la ancha herida que la piedra le había producido en la frente, al mismo tiempo que le decía, con acento patéticamente dolorido:

—Heathcliff, estás herido, ¿verdad? ¡Háblame! ¿Por qué no lloras?

El niño volvió en sí. Apartó a Cathy con un gesto, se sentó en el suelo, y mirando a su agresor con una mirada cargada de odio, una mirada que habría hecho estremecer de temor al padre de los niños si hubiese podido descubrirla en los ojos de su protegido, le dijo:

—¡Me las pagarás! ¡No me importa si tengo que esperar! Un día me las pagará.

Se levantó, Cathy, deseosa de dar por terminado el incidente, se lo llevó consigo.

Y aquel día no volvió a ocurrir ningún incidente digno de ser mencionado.

CAPITULO III

—¡Ven, ven, Heathcliff! Vamos a coger campanillas a Pennistone Crag.

Era Cathy invitando a Heathcliff. Pero Heathcliff no quería ir porque no tenía caballo. Entonces Cathy tuvo una idea feliz.

—Montas en Jane, conmigo.

—¡No!...

—¡Por favor, milord! ;Heathcliff!

Por fin el chiquillo decidió acceder al ruego de su amiguita. Montaron los dos el mismo caballo y cuando se encontraban ya cerca de Pennistone Crag, Cathy detuvo a Jane, y mirando a su compañero con expresión maliciosa, le insinuó:

—Estás muy guapo cuando sonríes.

—Cathy, no te burles de mí.

—¿No sabes que eres muy guapo? ¿No sabes lo que le he dicho a Ellen? Que eres un príncipe disfrazado.

—¿Dijiste eso?—Inquirió Heathcliff abriendo mucho sus ojos negros y expresivos.

—Dije que tu padre era Emperador de la China y tu madre una Reina India. ¡Y es cierto, Heathcliff! Fuiste raptado por unos marineros y traído a Inglaterra. Pero estoy contenta de que lo hicieran, porque siempre he deseado conocer a alguien de noble cuna.

Por lo visto a Heathcliff no le habían

convencido los argumentos de Cathy, por cuanto respondió:

—Yo he leído que los príncipes siempre tenían Castillo.

—Es verdad. Ellos los conquistaron. Tú también conquistarás uno. Hay un precioso castillo que está esperando tu lanza, señor príncipe.

Y alargando el brazo, señaló con el dedo una roca pelada y áspera, situada en lo alto de la montaña, cerca de ellos.

—¿Piensas en Pennistone Crag?—inquirió Heathcliff no muy convencido.

—Sí.

—¡Ah! Eso es una roca.

Cathy meneó la cabeza.

—Si no eres capaz de figurarte que aquello es un Castillo, nunca serás un príncipe. ;Coge tu lanza y a la carga! Allí está el Caballero Negro esperándote en el puente levadizo. ;Desafíale! Ahora carga, carga, carga, carga...

El infeliz Heathcliff, mucho menos imaginativo que su tierna compañera, no veía ni castillos, ni puentes levadizos, ni caballeros de ningún color, por mucho que se esforzase en ver con los ojos de su amiguita. Pero no era cosa de pasar por cobarde ante ella, y puesto que Cathy le había ordenado cargar, cargaría con lo que fuese...

Y como Cathy había saltado al suelo para que él pudiese arremeter a caballo

contra su enemigo, agazapado sin duda tras el peñasco, lo puso al galope y trató de ascender por el áspero camino que conducía a Pennystone Crag. Jane, muy poco galante, se negó a ascender hasta allí, y con un brusco movimiento de su grupa lo depositó tranquilamente en el suelo. Pero no por esto se arredró nuestro héroe. Levantándose con presteza cogió un garrote, que le sirvió de lanza para luchar contra el enemigo invisible. También Heathcliff cabalgaba ahora en alas de su imaginación, y retaba a singular combate al Caballero Negro, o por lo menos a su sombra. Gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Te desafío a mortal combate, Caballero Negro!

Un momento después, el supuesto Caballero había dejado de existir. Cathy y Heathcliff lo veían con los ojos de su imaginación, tendido en el suelo y ensangrentado, retorciéndose en los ester-

tores de la agonía. La niña corrió hacia su amigo, y pasando sus brazos alrededor de su cuello, gritó:

—¡Le has matado! ¡Le has matado!
¡Has matado al Caballero Negro!

—En castigo por sus perversiones—aseguró tranquilamente Heathcliff.

Ambos contemplaron la roca áspera y dura, sobre sus cabezas. Cathy acercó su rostro infantil al de su amigo y, bajando la voz, murmuró a su oído:

—Es un maravilloso castillo, Heathcliff. Nunca lo abandonaremos...

—¡Nunca, en nuestra vida! Que todos reconozcan que no hay en el mundo entero una damisela más bella que la Princesa Katherine de Yorkshire,

—Pero yo todavía soy tu esclava—insinuó Cathy.

—No, ahora te he hecho mi Reina. Ocurra lo que ocurra allí, tú siempre serás mi Reina aquí—repuso el chiquillo abrazándola tiernamente.

CAPITULO IV

El señor Earnshaw se moría. Los recursos de la ciencia eran inútiles para detener su rápida carrera hacia la muerte. El doctor Kenneth había hecho todo lo humanamente posible para salvarle, pero nada había conseguido.

Ellen, Cathy, Hindley y Heathcliff esperaban abajo al doctor, que había subido a la habitación del paciente, cuyo mal se había agravado repentinamente en las últimas horas. Le vieron salir del cuarto del enfermo con el rostro demudado y bajar lentamente la escalera. La fiel Ellen le preguntó:

—¿Cómo está, doctor?

—¡Descansa en la paz del Señor!

Un grito desgarrador, salido de la garganta de Cathy, hizo estremecer a todos. La chiquilla corrió escaleras arriba, seguida de la fiel Ellen, y el doctor, dirigiéndose a los dos muchachos, les dijo con acento triste:

—Podéis subir también vosotros y rezar por su alma.

Hindley se levantó. Tenía los ojos secos. La muerte de su padre no le había afectado gran cosa. Y como Heathcliff se dispusiera a seguirle, volvióse hacia él, y con una expresión de odio más intenso que nunca, le dijo recalcando las palabras, al mismo tiempo que le cortaba el paso:

—No, tú no irás arriba. ¡No quiero!

Mi padre ya no necesita de tus adulaciones. Ve a ayudar a los mozos de cuadra a ensillar el caballo para el vicario. ¡Haz lo que te he dicho! ¡Yo soy el amo ahora!...

Heathcliff no contestó. El estupor paralizó sus miembros, y se mantuvo allí, clavado al pie de la escalera, inmóvil, viendo subir lentamente a Hindley. Toda la expresión se había concentrado en sus ojos. ¡Y qué expresión tan humana, tan cargada de dolor! En un instante parecía haber envejecido. Su rostro moreno tenía un color terroso. Algo se estaba desgarrando en su interior. El señor Earnshaw era para Heathcliff más que un padre. ¡Era un ídolo! Las primeras palabras buenas las había oído de sus labios, el primer gesto generoso le había sido prodigado por él. Su pobre alma de niño habíase vivificado al calor de aquel cariño. El le había enseñado que en la vida hay algo más que odio, hambre, miseria, malos tratos, brutalidad y vicio... Y ahora él había muerto, y Heathcliff volvía a tener contacto con todas aquellas miserias que él había creído perdidas para siempre, alejadas definitivamente del horizonte de su vida. Apenas su protector había cerrado los ojos y ya su hijo le demostraba el de-

C U M B R E S B O R R A S C O S A S

seo de que volviese a sufrir el odio y la brutalidad, peores mil veces que el hambre y la miseria.

Sus ojos se fueron llenando de lágrimas, que resbalaban por sus mejillas. Lágrimas amargas, como su dolor. No se movió, no hizo ni un gesto para con-

travenir la orden que acababa de recibir de Hindley. En adelante, no tendría ni un gesto de rebeldía, por muchas humillaciones que le hicieran experimentar. ¡Ni uno solo! ¡Con tal de quedarse en "Cumbres Borrascosas" al lado de Cathy, su Cathy..., su Reina...!

CAPITULO V

Pasaron los años. Los niños crecieron, se hicieron hombres, y tal como le había dicho a Heathcliff el día de la muerte de su padre, Hindley fué el amo de "Cumbres Borrascosas". Pero ya no era la casa feliz de la infancia de los niños.

—José, tráeme otra botella.

Habían terminado de almorzar. Hindley se disponía a salir a caballo, pero antes quería apurar otra copa.

—Esta es la tercera, señor Hindley —hizo observar el criado medrosamente. Conocía los excesos de su amo y le tenía más temor que a una tormenta.

—La tercera de veintitrés. Tráeme otra—repuso.

—El vino es burlón; beber mucho es locura, señor Hindley —sentenció el criado.

—¡Basta con tus refranes y haz lo que te he dicho, viejo loro graznador!

—Sí, señor Hindley—repuso el criado resignado.

Sentada frente a Hindley, estaba Cathy. Hizo ademán de levantarse, pero Hindley la detuvo, ordenándole:

—Séntate, Cathy, hasta que te permita dejar la mesa. José, llena el vaso de miss Cathy. Mi pequeña hermana condena la bebida. ¡Bien, yo pienso de otro modo!

Volvióse hacia la puerta y llamó:

—¡Heathcliff! ¡Heathcliff!... ¡Ensilla mi caballo, pero aprisa! ¡Gitano, mendigo!

El "gitano mendigo" era un mocetón alto y fornido. Y como la bebida había convertido a Hindley en poco menos que una piltraña, le había bastado a Heathcliff levantar la mano y descargarla sobre el rostro de su rival para destrozarlo. Pero Heathcliff no hizo ni un solo gesto susceptible de ser interpretado como una rebeldía. Obedeció masivamente a su amo, mientras éste, habiéndose levantado de la mesa y disponiéndose a montar a caballo, le iba diciendo con el propósito de encenderle la sangre:

—Te dije que te dices priaz. Y el establo está sucio... ¿Es este el modo de hacer trabajo? ¡Límpialo! Necesito este piso limpio y fregado esta misma noche. Bueno, no me enseñes los dientes. Quiero que tu trabajo esté hecho cuando yo vuelva. ¿Lo oyes? Estás pensando que ojalá no vuelva. Estás pensando que me caiga en el camino y me rompa la cabeza, ¿no es así? ¿No es así?

Heathcliff no contestó. En verdad, no había oído ni una sola de las últimas palabras que acababa de pronunciar Hindley. Sus ojos estaban fijos en una

silueta grácil y fugitiva, que habiendo salido de la casa, trepaba hacia la montaña con paso ligero, el cabello ondulando al viento. ¡Era Cathy! ¡Iba hacia su "castillo"!

Hindley se alejó, y apenas había desaparecido, Heathcliff saltó la tapia y echó a correr en dirección a la cumbre. José le llamó en vano:

—¡Heathcliff! ¿A dónde quieres ir?
¡Heathcliff! ¡Vuelve!

Pero Heathcliff no volvía. Al contrario corría como un gamo, montaña arriba, siempre montaña arriba.

Llegó por fin a la roca. Apoyada contra ella, el pelo suelto al aire, los ojos brillantes, aspirando con avidez estivoje el fresco aire de la montaña, estaba Cathy. Se abrazaron con ansia, casi con frenesí, cosa que les ocurría siempre que se veían privados de subir allí arriba juntos, durante muchas horas. ¡Y hacía dos días, dos días largos, que no lo habían conseguido!

—¿Vió José por donde habías venido?—preguntó ella inquieta.

—¿Qué me importa!—repuso Heathcliff encogíendose de hombros.—Nada es verdad allí. Nuestra vida está aquí...

—Sí, milord!—repuso ella sonriendo y olvidando sus preocupaciones para entregarse de lleno a la felicidad de vivir.

Heathcliff clavó su mirada penetrante en el horizonte. Luego, señalando con el dedo, dijo a su compañera:

—Mira, las nubes bajan sobre las montañas. El cielo ya se oscurece.

Atardecía, en efecto. Pronto las sombras de la noche lo envolverían todo, con su manto de misterio. Cathy y Heathcliff, estrechamente abrazados, adoptando inconscientemente la misma actitud que adoptaban cuando eran ni-

ños, apoyados ambos contra la roca, y dejando volar la imaginación, pudieran permitirse durante un buen rato el placer de creer que vivían en un mundo aparte. Sin embargo, la inquietud hizo nuevamente presa en la joven:

—Sería terrible que Hindley llegase a enterarse.

—¿Enterarse de qué? ¿De que me hablas de vez en cuando?—inquirió Heathcliff.

¡Le parecía tan natural, tan lógico, aquello que les ocurría! Sus encuentros en aquel lugar no eran otra cosa que la prolongación de sus juegos infantiles. Allí abajo era el moro de cuadra, el criado insultado y vilipendiado por un amo brutal y borracho. Allí arriba era... ¡era un rey, y Cathy era su reina! Nadie podía arrebatárselos el trono... ¡Pero sólo allí arriba!

Cathy acarició el cabello enmarañado de su amigo. Luego, con una transición brusca, le apartó lejos de sí.

—No debería haberte nunca—le dijo—. ¡Cuidate! Estás peor cada día. Sucio, desgredado, andrajoso... ¿Por qué no eres un hombre, Heathcliff? ¿Por qué no te vas de aquí?

Los ojos negros, profundos, de Heathcliff la miraron con una expresión de asombro casi infantil.

—¿Irme?—inquirió—. ¿Sin llevarte?

—Quizás podrías volver rico y llevarme de aquí. ¿Por qué no eres mi príncipe como cuando éramos niños? ¿Por qué no puedes rescatarme, bien mío? ¡Heathcliff!

Pronunció el nombre adorado con un arrabato de pasión que conmovió profundamente a Heathcliff. La cogió casi con violencia, y la apretó contra su corazón, que había acelerado sus latidos.

Como si temiese algo invisible, algo que fatal e inevitablemente habría de colocarse un día entre ambos, él le dijo con voz suplicante:

—¡Cathy, ven conmigo ahora!

—¿Dónde?

—¿A cualquier parte!

—¿Y vivir errante? ¿Y robar nuestra comida en los mercados? No, Heathcliff, no es eso lo que yo quiero.

—Tú quieres alejarme de aquí. Pero eso no será nunca. Yo he vivido maltratado, pegado como un perro, atormentado, ultrajado, medio loco... pero me quedo para estar a tu lado, como un perro... ¡sí! como un perro, y estaré aquí hasta el final. Viviré y moriré bajo esta roca.

Había pronunciado aquellas palabras con voz solemne. Su rostro de una belleza ruda tenía una expresión grave. El gitano, el niño de los arrabales de Liverpool, se había hecho hombre, y con él, su amor había crecido también. Era una pasión loca, avasalladora, salvaje, fuerte, impetuosa... ¡sí! impetuosa como un torrente.

No, Cathy no quería alejarle de su lado, aunque a veces le dijera que debía irse. Le quería junto a ella porque su presencia le era tan necesaria como el aire que respiraba. Le amaba también con el mismo ímpetu arrollador. Era su reina... y su esclava. Sucio, desgredado, mal vestido, con el pelo comarñado y una mirada que para los demás tenía una expresión dura y para ella era humilde y suplicante... Le amaba tal como era, con su pasión salvaje y primitiva, con su rudeza innata, que ocultaba a duras penas bajo la capa de mansedumbre que se había impuesto para no tener que separarse de su Cathy.

Era el suyo un idilio agreste, como el paraje que habitaban. El cariño entrañable que se profesaban de pequeños habíanse encauzado hacia aquella pasión indomable, que era su vida entera. ¡Su vida entera! Porque ni el uno ni el otro podían aceptar la vida, si ella tenía que separarles.

La prematura muerte de sus padres y la vida viciosa y desordenada de su hermano, dejaron a Cathy entregada completamente en manos de Ellen... una buena mujer llena de buen sentido, pero débil de carácter... convirtiéndose a la hija del hacendado Earnshaw en algo intermedio entre una señorita y una campesina. Descoidada en el vestir, desgredada y bravia, cuando iba con su Heathcliff, nadie habría sospechado la diferencia social que separaba a aquellos dos seres. Sin embargo, había en Cathy un gusto innato por lo bello, por lo suntuoso y señorial.

El viento que soplaba con fuerza, como solía ocurrir todas las noches, les trajo el eco de una música. Los ojos de Cathy se animaron, señaló con el dedo el regio castillo al otro lado del pantano, y dijo a su compañero:

—¿Oyes? Música. Los Linton están dando una fiesta. Eso es lo que yo quiero. Bailar y cantar en un mundo alegre. Y conseguiré mi deseo. Vámonos, vámonos a verlo.

Cogió a Heathcliff por el brazo y le arrastró hacia el castillo. La verja estaba cerrada, pero esto no era obstáculo. Saltaron el muro del jardín y pronto asomaron sus morenos y expresivos rostros por los cristales de una ventana que daba al salón. El espectáculo que se ofreció ante sus ojos era sencillamente encantador. Un salón enorme,

blanco, suntuoso, lleno de gente bien vestida. Los hombres vestían traje de etiqueta. Las mujeres parecían ángeles, en opinión de Cathy, que palmoteó gosa. Sus ojos brillaban de contento.

—¿No es maravilloso? ¿No es precioso? Esa es la clase de traje que yo usaría. Tendría un traje de terciopelo rojo y lazos de plata en los zapatos.

Durante un buen rato estuvieron contemplando el bello y atrayente espectáculo de las parejas enlazadas bailando un vals. A Heathcliff no le hacía aquello gracia ninguna, pero el entusiasmo que demostraba su amiguita le impedía dar su parecer.

Dos perrazos enormes que montaban la guardia en el jardín y que hasta aquel momento habían permanecido callados, descubrieron de pronto a aquel par de extraños asomados a la ventana, y empezaron a ladrar desaforadamente. Cathy y Heathcliff se apresuraron a poner pies en polvorosa, pero en el momento en que habiendo llegado hasta la tapia se disponían a saltarla, uno de los perros se apoderó de la pierna desnuda de Cathy, hincando sus colmillos y demostrando un fiero propósito de no soltar la presa por mucho que ella gritase.

Los gritos de Cathy junto con los ladridos de los perros dominaron unos instantes la música, alarmando súbitamente a los invitados. Acudieron también los criados, pero ya Heathcliff intentaba rescatar a Cathy mientras se defendía de la acometida del otro perro que le mordía sabiosamente la muñeca. Los perros estaban haciendo una verdadera carnicería en las personas de aquel par de incautos que había tenido la audacia de saltar la verja con el ex-

clusivo objeto de contemplar un bello espectáculo.

Los dueños del castillo salieron al jardín, acompañados de algunas de sus invitados. Eran el juez Linton y sus dos hijos, Isabel, de veinte años, y Edgard, de veintisiete. El padre, al darse cuenta de lo que ocurría, tranquilizó a sus huéspedes.

—Quédenos donde están, señores. No hay motivo para alarmarse.

El joven Linton había ya corrido hacia Cathy, cogiéndola en sus brazos, después de conseguir que el perro soltara su presa. Entretanto, los criados sujetaban a Heathcliff, que quería seguir a su amiga. Edgard llevó a Cathy al salón, la sentó en un sillón, y procedió a hacer la primera cura de la pierna de la infeliz, que en lugar de quejarse, gritaba desesperadamente:

—¡Heathcliff, Heathcliff!

Con un movimiento brusco, el joven consiguió desasirse de los criados que le sujetaban, y corrió hacia dentro. Edgard, entretanto, daba órdenes a su hermana:

—Di a miss Hodgkins que traiga pronto agua caliente y que prepare unas vendas.

La joven preguntó a su hermano:

—¿Está grave?

—No puedo decirlo aún. Envía a Roberto en busca del doctor Kenneth, con el coche, en seguida...

El juez Linton preguntó a su hijo quiénes eran aquellos perillanes. Su sorpresa fué grande al enterarse de que la joven era Catalina Earnshaw, y que el muchacho era un mozo de cuadra. Al punto dedujo lógicamente que la prematura desaparición de los padres de Catalina tenía la culpa de que la joven

anduviera con aquel mozo desaprensivo. Por cierto que éste había tenido la audacia de arrodillarse al pie del sillón donde su hijo había colocado a la muchacha y le decía con acento apasionado:

—Cathy, mi Cathy...

Miró luego al dueño de la casa con expresión rencorosa, y exclamó:

—Esto no lo olvidaré.

—Sujeta tu lengua, insolente truhán—repuso el juez, indignado.

Y señalando la puerta con el dedo, ordenó:

—Fuera de esta casa.

—No me irá sin Cathy—le oyó contestar.

—Pero...

Edgard Linton, más comprensivo que el juez, miró a su padre y le dijo con tono de súplica:

—Padre, por favor, ella está sufriendo.

En efecto, una mueca de sufrimiento contraía el rostro de Cathy. Sufría por la herida, y sufría también por el trato desconsiderado de que aquellos señores estaban haciendo víctima a su pobre amigo. Sus ojos llenos de lágrimas contemplaban el rostro de Heathcliff, aquel rostro adorado, tan duro para los demás, tan dulce y lleno de encanto para ella. Le habían llamado despreciativamente "truhán" por el único crimen de ir mal vestido y no demasiado limpio. Sentía que iba a desmayarse, porque todo giraba a su alrededor como un torbellino. Y pensó que si esto sucedía, aquellos

hombres que a ella se le antojaban desalmados, serían capaces de echar a Heathcliff, arrancándole de su lado. Reunió todas sus fuerzas, y apretando su muñeca, le dijo con voz desfallecida:

—Vete, Heathcliff. Hoy... Yo te esperaré siempre.

Era más que una invitación a salir de la casa. Era una invitación a marcharse de "Cumbres Borrascosas". En un momento, Catalina acababa de comprender la distancia que separaba a la señorita Earnshaw de un mozo de cuadra. Hasta ahora había ignorado las diferencias sociales. Aquel "huye, Heathcliff" era algo así como un grito de su alma, una invitación a que realizase su sueño, el deseo de que se fuera para volver convertido en otro hombre, y despreciar a aquellos que ahora le despreciaban a él.

Heathcliff pareció adivinar lo que pasaba por su alma atormentada. Levantóse con presteza, y en el momento en que el señor Linton, con una falta de tacto censurable, ordenaba a sus criados: "Echad a este hombre de aquí", Heathcliff corrió hacia la puerta, e irguiéndose altanero y orgulloso, exclamó:

—Me voy, pero volveré algún día a esta casa, juez Linton, y la echaré abajo, sepultándola bajo sus ruinas. ¡Malditos sean ustedes y todos los suyos!

Escupió en el suelo—uno le habían tratado acaso como un mozo de cuadra?—y se fué, tan digno y altanero como si hubiese sido un caballero.

CAPITULO VI

Y así Cathy se adentró en ese mundo nuevo con el que ella había soñado. Permaneció en La Granja, el castillo más suntuoso del condado de Yorkshire, hasta estar completamente curada.

Y después de algunas semanas felices, el joven Edgard la llevó a "Cumbres Borrascosas".

Cuando Cathy descendió del carruaje, Ellen, que había acudido a su encuentro, se detuvo unos instantes paralizada por la sorpresa. Tal era la metamorfosis que había sufrido su pequeña Cathy. Llevaba un vestido elegantísimo y un sombrero de última moda. Sus pies estaban calzados por unos zapatitos que habría envidiado la Cenicienta. Peinada y perfumada como una gran dama... Pero Ellen se tranquilizó pronto al ver que Cathy corría a echarse en sus brazos y la abrazaba con la misma fuerza de antes.

—¡Ellen, Ellen!

—Bienvenida, mi Cathy. ¿Cómo está usted, señor Linton?

—Perfectamente, Ellen.

Cathy palmoteó de gozo. Se sentía feliz, felicísima. Deseaba explicarle a Ellen todo lo que le había ocurrido.

—Ellen, he estado bailando noche tras noche. Hace ya muchos días que tengo la pierna curada.

—¡Qué preciosa está usted, miss Cat-

hy! ¿Dónde ha conseguido este traje tan hermoso?

—Me lo prestó la hermana del señor Linton. ¿No es maravilloso? Edgard, pasa y toma una taza de té, ¿quieres?

—Gracias. En cuanto encierre los caballos—repuso el joven.

—No, espere usted. Ahora vendrá alguien—inició Ellen.

Y volviéndose hacia la casa, llamó:

—¡Heathcliff!... ¡Heathcliff!...

—¿Heathcliff está aquí? —inquirió Cathy poniéndose súbitamente pálida.

—Sí. Volvió una noche de la semana pasada gritando que prefería mil veces morir a vivir sin verla. Necesita verla para vivir. Está insufrible. ¿Dónde podrá andar el truhán?

Cathy entró corriendo en la casa. Apenas había atravesado el hall, se encontró cara a cara con Heathcliff. Durante un instante, aquel par de seres unidos por un lazo misterioso, más fuerte que los convencionalismos sociales, se miró, no obstante, como se observan los enemigos. Los ojos de Cathy reflejaban una sorpresa desagradable, los de Heathcliff un instinto rencoroso. El habló primero.

—¿Por qué estuviste tanto tiempo en aquella casa?—inquirió.

Ella, en lugar de contestar, se limitó a decirle:

—No esperaba encontrarte aquí.

Heathcliff repitió la pregunta:

—¿Por qué estuviste allí tanto tiempo?

—¿Por qué? Porque allí estaba encantada, fascinada, maravillada, divirtiéndome mucho entre seres humanos.

Había pronunciado estas palabras con un tono enteramente desconocido para Heathcliff. Apenas éste había salido de su estupor, cuando la oyó decirle:

—Ve a lavarte la cara y las manos y a peinarte ese pelo para que no tenga que avergonzarme de ti...

Solo Dios sabe lo que hubiera sucedido si Ellen no hubiese entrado bruscamente, diciendo:

—¿Heathcliff, ¿qué estás haciendo aquí? Tienes que cuidar de los caballos del señor Linton.

—Que los cuide él mismo—repuso el mozo de cuadra.

Edgard entraba en aquel instante. Oyó la insolente respuesta del joven y la rápida réplica de Cathy, que fué ésta:

—Pide perdón al señor Linton en seguida...

Pero antes de que hubiera podido terminar la frase, ya Heathcliff se había ido. No a cuidar los caballos del señor Linton, sino a cocher montaña arriba... siempre montaña arriba... a su Castillo, donde nadie pudiera hacerle daño.

Allí en "Cumbres Borrascosas" quedaban un hombre y una mujer que habían sido los mejores del mundo... y algo más. Edgar Linton había dado a entender a Catalina Earnshaw que había quedado vivamente impresionado por su belleza un tanto agreste y salvaje, pero verdaderamente indiscutible, y Catalina se había dejado querer, contestando con

sonrisas y coquetería a las insinuaciones de Edgar...

Pero ahora... ahora... Catalina Earnshaw volvía a ser la Cathy indómita y salvaje de "Cumbres Borrascosas". Miraba con los ojos dilatados la puerta por la que acababa de desaparecer Heathcliff, como si deseara verle aparecer de nuevo, para llevársela.

Pero Heathcliff no volvía. En cambio, Edgar le empezó a hablar con tono sentencioso:

—No puedo comprender cómo tu hermano deja a ese gitano entrometerse en todo lo de la casa.

—No hables de esta manera—advirtió Cathy volviéndose bruscamente hacia su acompañante.

—Cathy, ¿cómo puedes tú, una dama, tolerarle bajo tu techo? Un mendigo arrabando dándose aires de igualdad...

—¿Y tú qué sabes de Heathcliff?—dijo ella levantando la voz.

—Todo lo que necesito y quiero saber.

—Fué mi mejor amigo, mucho antes que tú.

—Ese mendigo...

Cathy enrojeció hasta la raíz del pelo. La palabra "mendigo" aplicada a su joven amigo acababa de hacerle el efecto de un latigazo.

Aunque mendigo, él vive bajo este techo y tú hablarás bien o saldrás de aquí—contestó con rabia.

—¿Estás en tu sano juicio?—inquirió Edgar extrañado. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Fuera, he dicho... o no insultes a quienes yo amo.

Estas palabras habían sido pronunciadas por Catalina Earnshaw, con una expresión tal, que Edgar quedó parali-

zado por la sorpresa. Miró a Cathy. Estaba pálida como una muerta y sus labios temblaban.

—¿A quien amas...? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?—inquirió extrañado.

Se acercó a ella, pero Cathy retrocedió, como si quisiera rebuir su contacto. Sus ojos echaban chispas. No era la dulce, la bella, la adorable mujercita que él había conocido en La Granja. Era una hembra bravia y arisca. La muchacha salvaje que él había cogido en sus brazos la noche en que el perro la mordió. La oyó decir con asombro creciente:

—Estoy diciendo que te odio, que odio la insulsa expresión de tu cara, el contacto de tus estúpidas manos blancas...

Edgard palideció. Se hallaba ante una Cathy desconocida, casi odiosa, a la que, no obstante, no podía odiar. Contestó con un tono que se esforzaba en ser moderado:

—Algo del espíritu endemoniado del gitano ha penetrado en tí, Cathy.

—Sí, sí... aceptó ella—; debe ser como tú dices... Y ahora vete.

Edgard obedeció y salió de la casa más apeado que ofendido. Cathy seguía gustándole a pesar de todo, a pesar de aquellas salidas de tono de niña malcriada. Eso era, en definitiva, Catalina Earnshaw. Regresaría cuando las aguas hubieran vuelto a sus cauces y ella hubiese reflexionado, si es que Cathy era capaz de reflexionar.

Entonces en "Cumbres Borrascosas" ocurrió algo que reflejaba fielmente la extraña psicología de Cathy. Y fué que la joven, apenas Edgar se hubo marchado, asumió bruscamente la altiva ca-

becita, corrió a su cuarto, contempló unos instantes en el espejo su grácil y seductora silueta vestida con el traje que le prestara Isabel Linton, y bruscamente se despojó del vestido, se quitó la deliciosa complicación de ropa interior constituida por cuatro o cinco enaguas, vistiéndose inmediatamente su blusa y su falda, que sin llegar a ser andrajosas no eran, ciertamente, dos prendas dignas de ser usadas por una señorita, desbizo los bucles de sus cabellos, y así, con el pelo al aire, despojada completamente de todos aquellos femeninos atributos que pretendían transformar su alma, corrió montaña arriba hacia el Castillo de sus sueños, donde estaba segura de hallar a Heathcliff.

Sí, allí estaba él, sentado sobre una roca, otomando el horizonte con sus ojos penetrantes. Al verla llegar no hizo un solo gesto para ir a su encuentro. Permaneció inmóvil, mudo, como una estatua. Ella se apoyó contra otra roca y durante unos momentos oyéronse sólo el ulular del viento y la respiración fatigosa de la mujer, que había llegado hasta allí casi sin aliento.

Y de pronto, Heathcliff se volvió. Un segundo permanecieron ambos mirándose, inmóviles y estáticos, con los ojos agrandados, como dos luminarias.

Y, sin decirse nada, se abrazaron, se abrazaron tan estrechamente, con tanto frenesí, que los delicados huesos de Cathy llegaron a crujiir bajo el abrazo. Estuvieron largo tiempo enlazados, juntos sus rostros y sus corazones, olvidados del mundo que les rodeaba, totalmente identificados con la naturaleza, unidos por un lazo de afinidades misteriosas, más fuerte que todos los convencionales lazos sociales.

—Perdóname, Heathcliff—dijo ella al fin, cuando la emoción le permitió hablar—; perdóname, amor mío. Haz que la vida se detenga aquí, haz que todo se pare y se quede así, que nunca cambie... haz que los pantanos no cambian jamás y que tú y yo permanezcamos siempre iguales.

—Los pantanos y yo nunca cambiaremos—repuso él con voz solemne—. ¿Y tú, Cathy?

—¡No cambiaré, no cambiaré! No importa lo que yo haga o diga, Heathcliff. Yo estoy aquí ahora en esta cumbre, contigo, y ésta es mi eternidad, Heathcliff.

Volvieron a abrazarse, y luego, felices como dos chiquillos, se sentaron sobre la roca. Cathy le preguntó entonces en dónde había estado durante aquellos días que estuvo ausente de "Cumbres Borrascosas"...

—Fui a Liverpool. Una noche embarqué para América en un bergantín que iba a Nueva Orleans. Nos cogió la marea y yo pasé toda la noche tendido en

cubierta pensando en ti y en los años y años que estaría sin verte... y acabé saltando por la borda y volviendo a nado...

—Creo que hubiese muerto si no lo hubieras hecho—murmuró ella escondiendo su morena cabeza en el pecho de él.

—Cathy, ¿ya no piensas en aquel otro mundo?—inquirió Heathcliff tras una corta pausa.

—No, Heathcliff, no. ¡Mira cuántos brazos! Cógelos y lléname los brazos de ellos... Todos los que yo pueda llevar.

Cogieron brazos, muchos brazos. Cathy desaparecía un instante en la maleza para volver a aparecer sonriente. Había anochecido y el viento empujaba a cantar su eterna sinfonía. Heathcliff cogió a aquella delicada criatura entre sus brazos, y juntando sus labios a los de ella, la besó con todo el ardor de su alma apasionada.

—Cathy, tú eres mi reina. serás siempre mi reina. —le dijo en voz baja y grave, que equivalía a un juramento.

CAPITULO VII

Pasó el tiempo. Cathy había vuelto a recordar. Sí... había vuelto a recordar el salón deslumbrante de los Linton, los bellos trajes, los hermosos sombreros, los lindos ropajes de Cenicienta... Y, por su parte, Edgard no había olvidado a Cathy. Ella sostenía una lucha entre la salvaje e indomable pasión que sentía por Heathcliff y la nueva vida que había encontrado en La Granja y que jamás podría olvidar.

Cathy se estaba bañando y Ellen la ayudaba.

—Ellen, Ellen, quitame el jabón de los ojos... ¿Dónde está la toalla?

Ellen se la entregó y al mismo tiempo echó un poco de agua caliente a la bañera. Cathy protestó diciendo que estaba demasiado caliente y Ellen refutó la acusación muy indignada.

—Ya es hora de que salga usted del baño y empiece a arreglarse. Suponga que no está preparada cuando él llegue. ¿Quiere estarse quieta? ¿Cualquier joven a quien usted tratara como a él volvería gimoteando! Puede usted hacerle esperar siempre. ¿Qué caro es este joven! Le envía a usted perfumes... ¿No tiene acaso amor propio?

—Es que yo me he disculpado.

—No puedo comprender este cambio de usted. Me extraña... Precisamente ayer era usted una niña traviesa con las manos sucias y un corazón salvaje...

Se detuvo a contemplar la seductora figura de Cathy vestida con un traje de noche que era un verdadero primor. Juntó las manos y elogió:

—Está usted adorable, señorita Cathy. ¡Adorable!

Cathy adoptó una actitud de coquetería tan refinada, que sorprendió inmensamente a Ellen.

—Eso es una mentira tonta. Yo no soy adorable. Lo que soy es muy inteligente. Tengo un cerebro asombroso y esto me permite ser superior a mí misma. Nada se consigue siendo delicadamente bonita como Isabel. Cada trazo de belleza oculta un pensamiento y cada ríño está lleno de humor y también de brillantez...

Se movía con adorable desenfado: sus gestos, sus actitudes eran de una verdadera damita. Ellen se hacía cruces. ¿De dónde había sacado Cathy aquella ciencia tan refinada de la coquetería?

—¡Cielo santo, qué parloteo! — exclamó.

En aquel instante abrióse la puerta y Heathcliff entró en la estancia. Parecía más gitano que nunca, con su bello rostro moreno ensombrecido y sus ojos brillantes. Iba descuidado, como siempre. ¿Acaso podía permitirse ir de otra manera un mozo de cuadra?

Cathy, al verlo, palideció ligeramente. Su innata rebeldía salió inmediatamente

a la superficie, y dirigiéndose a su compañero de la infancia, le preguntó con altivez:

—¿Desde cuándo tienes la costumbre de entrar en mi habitación?

—Quiero hablar contigo — repuso él sombriamente. Y dirigiéndose a Ellen le ordenó:— Sal de aquí.

La buena mujer puso el grito en el cielo:

—No saldré. Yo tomo órdenes de la señorita, no de los moros de cuadra.

Heathcliff le dirigió una mirada cargada de ira. Cathy, que conocía la violencia del carácter del joven, pensó que era mejor ceder, y dijo a Ellen con tono de dulce persuasión:

—Anda, Ellen, sal un momento, te lo ruego.

Y cuando quedaron solos, le dijo a él:

—Y ahora que has conseguido lo que te proponías, ¿puedo saber a qué debo este honor?

Heathcliff se acercó a la amada. Sus ojos habían perdido un poco la expresión de ferocidad que tenían un momento antes, estaban húmedos y su mirada era suplicante.

—El sigue viniendo aquí—murmuró más que dijo.

Ella, en lugar de contestar, se encogió de hombros, respondiendo con una evasiva:

—Eres realmente inaguantable, amigo Heathcliff, inaguantable del todo.

—No pensaban así esta mañana en los pastores, ni ayer, ni anteayer.

—Bien—aceptó ella—, pero mi opinión cambia dentro de la casa.

—¿Viene él aquí?—siguió preguntando él con un tono apremiante.

Algo temible debió ver brillar Cathy

en los ojos de Heathcliff, por cuanto ella, que era la sinceridad misma, se decidió a mentirle:

—No, desde luego, no. Ahora vete.

—¿Mientes!—exclamó él—. ¿Por qué llevas ese traje?

—Porque la gente elegante se viste para cenar.

—Tú no. ¿Por qué quieres lograr sus estúpidas galanterías?

Cathy se estaba poniendo nerviosa. Sus ojos negros y profundos, como dos abismos, brillaban de ira. También ella tenía su carácter. Heathcliff lo sabía muy bien, y hacía mal en provocarla. Dió una patadita en el suelo y contestó:

—Yo no soy una niña, ¿sabes? No quiero oírte hablar de ese modo.

—No estoy hablando a una niña, ya lo sé, estoy hablando a mi Cathy... ¡Mi Cathy!

Había un desgarrador acento en la voz de Heathcliff, pero ya Cathy se había lanzado por el disparadero y nadie podría detenerla.

—¡Tu Cathy!—dijo con ironía.

—Sí...

—Y yo voy a recibir tus órdenes y dejar que tú selecciones los trajes que me pondré.

—Tú no vas a estar sentada toda la tarde delante de él, escuchando sus idioteces...

—¡Ah!, ¿no?

—¡No!

—Bueno, Heathcliff, me parece que es mucho más entretenido que escuchar a un moro de cuadra.

Apenas había terminado de pronunciar tan despectiva frase y ya se arrepentía de haberlo hecho. Pero era demasiado tarde, y era excesivamente orgullosa pa-

ra reconocer su error. Le volvió la espalda y se dispuso a salir, con el fin de dar por terminada aquella conversación odiosa, pero él se interpuso en su camino y le dijo con acento de súplica:

—Cathy, no me hables así...

Furiosa, intentó zafarse, pero él la retuvo por la muñeca. Entonces ella, en el paroxismo de su rabia, le apostrofó:

—¡Sí! ¡Vete! ¡Fuera! Esta es mi habitación, la habitación de una dama. No es una habitación para que un criado con manos sucias venga a insultarme. Ahora, déjame sola.

—Sí... sí... dile al sucio mozo de cuadra que se aleje de ti. El mancha tu traje, pero, ¿quién mancha tu corazón? Heathcliff no. ¿Quién te convierte en una vana y ridícula damisela? Linton. Tú nunca le amarás, pero te dejas amar, porque eso satisface tu estúpida e insaciable vanidad... ¡Amada por aquel monigote con hebillas en los zapatos!

—¡Basta! ¡Basta!—clamó Cathy vordamente—. ¡Fuera de aquí! Tuviste la ocasión de ser algo más; por lo visto todos vosotros nacisteis para ser mendigos por los caminos, invocando favores sin merecerlos, pero floriqueando suplicantes con vuestras sucias manos...

No pudo terminar la frase. Heathcliff acababa de descargar su mano sobre el rostro de ella. Una, dos, tres veces, con

tal fuerza que la hizo vacilar, aunque de su garganta no saliese ni un gemido. Así había ocurrido en otras ocasiones, cuando eran pequeños y sostenían alguna de sus riñas, aquellas riñas que terminaban invariablemente con besos y abrazos; pero desde que Cathy era una mujer, nunca había vuelto a pegarla. Y ahora, el muy truhán...

Ciega de rabia quiso ella repeler la agresión, pero no pudo. Tampoco pudo pronunciar ni una sola palabra. Estaba furiosa consigo misma, por no adoptar una actitud más digna, y de buena gana se habría abofeteado también para castigarla. Oyó que él le decía con acento de desgarrado dolor:

—Eso es cuanto represento para ti: un par de sucias manos. Sucias... Bien, déjalas. Volverán a la cuadra. De nada sirve pegarte.

Salió del cuarto. Y un minuto después, Cathy bajaba la escalera para ir al encuentro de Edgard, que acababa de llegar. Nadie habría adivinado la tormenta que bullía en su interior, porque en sus labios florecía la más seductora de las sonrisas. Tenía las mejillas muy encarnadas, pero el joven Linton le atribuyó cándidamente a la emoción que le producía volver a verle después de la escena penosa que ella le había hecho unos días antes.

CAPITULO VIII

Heathcliff se fué a la cuadra. Se tendió sobre el camastro, pero volvió a incorporarse en seguida, para mirar a través de los cristales de la ventana. Vió a Cathy, ¡su Cathy!, subir al escrinaje de Edgard y partir con él... Algo se desgarró en su interior. Apretó los puños, aquellos puños que habían osado herir a Cathy, y con ellos dió un golpe fuerte a los cristales, que se rompieron, hiriéndola bárbaramente. Pero él no sentía el dolor de las heridas, porque su corazón estaba sangrando...

¿Cuánto tiempo permaneció allí, con los dedos blancos de corteza, sin sentir dolor alguno, pero llorando como un niño, con la misma amargura con que había llorado la noche en que murió el señor Earnshaw? Ni él mismo habría podido decirlo. Al fin pareció salir de aquella especie de letargo en el que se hallaba sumido, y se levantó, dirigiéndose con paso de autómatas a la cocina. Ellen, que trabajaba por allí, le vió entrar, y descubrió sus manos llenas de sangre. Un grito ahogado salió de su garganta.

—¡Heathcliff, Heathcliff! ¿Qué has estado haciendo? ¡Heathcliff!

Corrió hacia él, le cogió por una de las muñecas, le arrastró hasta el fregadero, empezó a lavarle las heridas... Él se dejaba hacer como un niño, sin pro-

testar, con los ojos fijos en el vacío. Ellen le oyó murmurar dos o tres veces el nombre de Cathy, y luego dijo en voz alta:

—Quiero arrastrarme a sus pies, implorarla que me perdone por amarla tanto, tanto... Por necesitarla más que a mi vida, por pertenecer a ella más que a mi alma...

Toda el alma del pobre ennumerado habíase vertido en aquellas palabras. Ellen, que seguía de cerca aquel juego de pasiones desenfrenadas, intentó decirle algo, pero la voz se negó a salir de su garganta. Se disponía ya a vendarle las heridas, cuando se oyó la voz de Cathy llamando:

—¡Ellen!

Había regresado del baile. Mientras el pobre Heathcliff permanecía echado sobre el camastro, boca abajo, desangrándose por las heridas de sus manos, Cathy había estado bailando, riendo, coqueteando...

El rostro de Heathcliff expresó un miedo inconcebible. Volvióse hacia Ellen y le dijo con acento suplicante:

—¡No dejes que me vea, Ellen! ¡No dejes que me vea!

Cathy se acercaba. No tardaría en entrar en la cocina, como hacía tantas veces. Heathcliff tuvo el tiempo justo para desaparecer tras la puerta que da-

ha a la cuadra. Desde allí, oculto en la oscuridad, se dispuso a escuchar la voz amada.

Cathy entró y, abrazando a Ellen, le dijo con expresión alegre:

—Tengo buenas noticias para tí.

Un temor instintivo sobrecogió a Ellen. El temor de que aquella buena noticia pudiera representar algo fatal y terrible para aquel pobre ser herido, que estaba escuchando. Intentó llevarse a Cathy:

—La cocina no es sitio para este traje. Venga al recibimiento.

Pero Cathy no la oía. Se había sentado sobre la mesa y reanudado su charla:

—Sífonate y escucha. ¿Puedes guardar un secreto? Ellen, Edgard quiere casarse conmigo.

Ellen dirigió una furtiva mirada a la puerta. Luego, como se hacía indispensable decir algo, preguntó con un hilo de voz:

—¿Qué le ha respondido usted?

—Le dije que le daría mi contestación mañana.

—¿Le ama usted, mi señorita?

—Sí; así lo creo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Eso es una pregunta tonta, ¿verdad?

—No, no es tan tonta. ¿Por qué le ama usted?

Cathy pareció vacilar. No debía estar muy segura de sus sentimientos, pero al fin, respondió con voz firme:

—Porque es guapo y me agrada su presencia.

—Eso no es suficiente—sentenció la criada.

—Y porque será rico algún día y yo seré la más elegante del Condado.

—¡Ah! Y ahora dígame cómo le ama.

Cathy cerró los ojos. ¿Fue para ver mejor lo que estaba pasando por su alma, o para que Ellen no leyera en ellos que las palabras que iba a pronunciar no las inspiraba Edgard?

—Amo la tierra que sus pies pisan y el aire que respira y todo cuanto toca.

Ellen la miró fijamente. Cuando habló sus palabras parecían una afluencia en la que pretendiera hacer caer a Cathy.

—¿Se refiere usted a Heathcliff?

Cathy se volvió rápidamente, con un gesto brusco y enojado. Sus mejillas se encendieron al recuerdo de las bofetadas que él le había dado unas horas antes.

—¡Heathcliff!—exclamó—. Está peor cada día. Me degradaría casándome con él. Yo esperaba que no hubiese vuelto. Sería para mí la gloria escapar de este lugar desordenado y desagradable.

—Bien, si al señor Edgard, sus encantos, su dinero y sus fiestas le llaman usted la gloria, ¿qué le impide a usted ocupar su puesto entre los ángeles de Linton?

Iba a contestar Cathy, cuando un trueno imponente la hizo comudecer. La tormenta que había estallado hacía algunas horas, estaba en todo su apogeo. Se oyó un portazo, y el rostro de Ellen se demudó, pero Cathy, sin fijarse en aquel detalle, continuó hablando:

—No creo que pertenezca al cielo. Sentí una vez que estaba allí, en las nubes, y que el cielo no parecía mi hogar y se rompió algo en mi corazón y supliqué volver a la tierra, y los ángeles se me enfadaron tanto que me arrojaron en medio de los brazos de "Cumbres Borrascosas". Desperté sollozando de ale-

gría. Eso es, Ellen. Casándome con Edgard me pasaría lo mismo que me pasó en el cielo.

—¿Está usted pensando en Heathcliff?

—¡Oh, sí! Se ha hundido tan bajo que parece gozar en ser abandonado y brutal, pero todavía lo es todo para mí. Cuanto hay en nuestras almas está hecho de nosotros mismos. Linton es tan diferente como el hielo del fuego. Mi único pensamiento en la vida es Heathcliff. Todo cuanto él ha sufrido lo he sufrido yo. ¡Qué pocas felicidades fueron mías también! Ellen, si todo el mundo muriese y él solamente quedase, yo me sentiría llena de vida...

Otro trueno hizo enmudecer a Cathy, y se oyó gritar a José, que estaba abajo en la cuadra, desensillando los caballos del coche con el que había venido Cathy:

—¡Heathcliff! ¿Dónde vas? ¿Dónde vas? ¡Vuelve!

Cathy miró a Ellen con expresión interrogante. Esta bajó la cabeza y contestó:

—Ha debido estar escuchando.

—¿Heathcliff escuchándonos?—repuso Cathy con expresión de verdadero pavor.

—Sí...

—¿Dónde? ¿Desde cuándo habrá oído?

—No estoy segura, pero creo que desde cuando usted decía que se degradaría casándose con él...

Apenas tuvo tiempo de terminar la frase, Cathy había salido de la cocina, había atravesado el recibimiento y abierto la puerta que daba al jardín, llamando con voz desesperada:

—¡Heathcliff! ¡Heathcliff!

José, que había salido de la cuadra al oír la voz de la señorita, hizo observar:

—Es inútil llamar a Heathcliff, señorita Cathy. Se ha marchado en el mejor caballo del señor.

Cathy volvióse hacia Ellen.

—¡No volverá jamás!—dijo con tono de desolación infinita.

—Si volverá. La última vez lo hizo.

—Esa no volverá, la conozco bien. ¡Le conozco demasiado! ¿Qué camino tomó, José?

—Allí, al oeste del pantano.

Cathy avanzó unos pasos. La lluvia caía incesantemente y empapó su traje. Ellen salió tras de ella y colocó una capa sobre sus hombros, al mismo tiempo que se esforzaba por convencerla de que entrara en la casa.

—Venga, señorita Cathy... venga conmigo... El volverá.

—¡Está loco, está loco!—gritaba ella desesperada avanzando irremisiblemente, ajena a todo lo que no fuera su amoroso delirio.— ¡Le amo!...

Fueron inútiles las palabras, los consejos, las súplicas. Cathy siguió avanzando como una sonámbula, con los ojos fijos en la oscuridad de la noche, insensible a la lluvia y al frío, llamando incesantemente al amado:

—¡Heathcliff! ¡Heathcliff! ¡Heathcliff! ¡Vuelve!

Cuando Hindley llegó de la ciudad, unas horas más tarde, halló a Ellen hecha un mar de lágrimas.

—¡Señor Hindley! ¡Gracias a Dios que vuelve usted a casa!

Por no perder la costumbre, Hindley volvió medio borracho.

—¿Dónde está José?—preguntó. Le



—(Cady) ¡Volvio a mí! ¡Cady, mi vida!



La hija revive el milagro.



Salvamos la vida del jorobado.



Contemplaban la arena.



Rédard Linton reçoit à Cécily en son honneur.



Les créateurs interviennent impudiquement dans la scène.



—Ma me tié à la Cécily.



—Me voy, péro volé.



Edgell la acompaña a "Campus Botanicus".



—Frederica, Marchetti.



—Foss la acompaña en subterráneo, pensando en él.



Cognato, Birelli.



—James Abbott McNeill Whistler—
Myself and my Sister.



Edgar Degas—The Artist's Sister.



John Everett Millais—
The Boy with the Red Balloon.



J.M.W. Turner—
Rain, Steam, and Great Bridge.



—Un viento helado llegó a mi corazón.



—Diciendo simplemente.



—Nuestros padres dirán: ¡hombre!



—Veo que estás fuera en tus cosas.



Mrs. Zahul, la Serrano de Madrid.



Manchete na sala de jantar em sua casa.



Cacho, perto dos jardins de la casa.



—El solé manteniendo de mí.



Recibí la visita de Cathy.



—Cavalcade 1900 at the end of the year—

dije que estuviese despierto hasta mi regreso.

—Señor Hindley...

—No esperará que yo desahille mi caballo, el muy vergante.

—Señor Hindley, tiene usted que volver a salir—pudo al fin decir la pobre mujer, llorando a lágrima viva—. La señorita Cathy se ha ido. La están buscando José, todos...

—¿Se ha ido? ¿Dónde?

—Con la tormenta, Heathcliff se fué, cogió un caballo y escapó, y ella corrió tras de él...

La noticia no pareció afectar ni poco ni mucho a Hindley. En verdad, nada podía ya afectarle, como no fuera la prohibición del alcohol. Encogióse de hombros y contestó:

—¡Ah! ¿Hizo eso? Bien, no estás ahí con la boca abierta como un besugo. Tráeme una botella. Lo celebraremos.

La infeliz Ellen estaba tan trastornada que sólo supo contestar:

—Sí, sí... ahora mismo.

Pero no se movió. Volvió a reaccionar al cabo de un instante y gritó:

—Señor Hindley, ella caerá en los pantanos... Debe usted salir y ayudarnos a buscarla...

—¡Haz lo que te digo! Si ella corre tras ese gitano indigno, déjala. Déjala que corra a través del viento y de la

nieve, que corran y se pierdan en la tormenta. Ahora tráeme una botella.

Fué todo inútil. Hindley sólo pensaba en beber en aquel instante. El deseo apremiante del alcohol podía más que todo. El mundo entero le importaba un comino. Su hermana... ¿Quién era su hermana? Una chiquilla desgredada y mal educada, con la que había estado peleando continuamente desde pequeño.

No fué en busca de la desventurada Cathy, pero José, viéndose impotente para encontrar el rastro a la fugitiva, había recibido la ayuda del joven Edgar Linton, que se aprestó a acompañarle. Después de algunas horas de búsqueda infructuosa, la encontraron desmayada, empapada de agua, fría como una muerta. Linton la llevó inmediatamente a su casa, y el doctor Kenneth, que fué llamado inmediatamente, apresuróse a tranquilizar a los Linton, diciéndoles:

—Lo que ella necesita es un buen fuego y un poco de brandy...

—¿Dónde la encontraste?—inquirió Isabel, dirigiéndose a su hermano.

—Cerca de unas rocas en Pennistone Crag, casi moribunda—repuso Edgar, que, inclinado sobre Cathy, espiaba ansioso su bello rostro, pálido como sin vida.

CAPITULO IX

El doctor Kenneth acababa de examinar detenidamente a Cathy, que convalecía del fortísimo resfriado contraído la noche de la tormenta. Sentada en un cómodo sillón, en el jardín de los Linton, tomando el sol y respirando el aire puro, Cathy volvía a la vida, después de haberse acomodado al abismo insosdable de la muerte, porque si Linton y José no hubiesen acudido en su auxilio, Cathy habría dejado de existir.

—Veinte gotas de esta medicina en un vaso de clarete, bien caliente y con un poco de azúcar. No puedo hacer ni decirle a usted otra cosa más sino que tome el sol, coma mucha nata y mantequilla y dentro de un mes estará como nueva.

Tan consoladora noticia alegró no sólo a Cathy, sino también a la joven y bella Isabel, la hermana de Edgard.

Ellen, la fiel criada, que habíase trasladado al castillo de los Linton para cuidar de su adorada señorita Cathy, acompañó al doctor hasta la verja del jardín y una vez allí le preguntó:

—¿Cree que volveremos pronto a casa, doctor?

—Lo que Cathy necesita es paz y orden en su vida—repuso el interrogado.—Lo que no podrá encontrar nunca en "Cumbres Borrascosas".

Hizo una corta pausa y continuó:

—¿Ha vuelto a hablar de él?

—No ha pronunciado su nombre desde que le pasó el delirio.

—A veces, la fiebre puede curar como puede destrozarse. He pedido informes acerca de él a algunas personas del pueblo.

—¿Qué le dijeron?

—No hay buelias de Heathcliff. Ha desaparecido en la niebla...

Edgard Linton regresaba de un paseo a caballo. Sus primeros saludos fueron para la enfermita. Preguntó a Isabel, que, sentada al lado de Cathy, leía una novela:

—Bien, Isabel. ¿Cómo está nuestra inválida?

—Mucho mejor, creo yo.

—¿Dónde has estado todo el día?—Inquirió Cathy. Y luego, haciendo un mimo gracioso—: Te he echado mucho de menos.

Catalina Earnshaw parecía completamente cambiada: La enfermedad, al restarle fuerzas, le había conferido, en cambio, una dulzura extraordinaria, de la que carecía antes.

Halagado por la amable bienvenida de su gentilísima huésped, Edgard se inclinó ante ella y le explicó con tono amable:

—En esta época los labradores de nuestras fincas encuentran alguna recla-

mación que hacer. He estado discutiendo con el viejo Swithin, si le construiría o no un nuevo establo.

—¿Sí?

—Y he decidido hacerlo. He visto a Hindley en el pueblo esta tarde. Quiso saber cuándo volverías a casa. Temo no haberle dicho la verdad. Le dije que el doctor Kenneth piensa que dentro de varios meses.

Había llegado la hora de darle la medicina, pero Isabel tenía una duda atroz. No recordaba si eran veinte gotas o veinte terrones de azúcar en un vaso de agua. Decidió consultar la receta, pero daba la casualidad de que la receta estaba dentro de la caja. Así, Isabel, muy discretamente, dejaba que se las entendieran solitos Edgard y Cathy.

Isabel se fué corriendo por la alameda del jardín. Su grácil figura resultaba magnífica bajo el hermoso sol y el cielo azul de aquel día de primavera. Cathy elogió sinceramente:

—Es encantadora... tan buena... Todos habéis sido buenos conmigo. Es todo lo que pienso: ¡qué buenos sois conmigo! Pero yo no puedo quedarme aquí para siempre.

—¿Por qué no, Cathy, si esto puede hacerte feliz?

Cathy bajó las ojos. Se sentía extrañamente emocionada. Tenía ganas de llorar... ¡sí!, de llorar y de reír al mismo tiempo. Sentía una serenidad interior, una paz de espíritu de que no había gozado nunca hasta entonces. Contestó con voz emocionada:

—¿Edgard, tú me has dado tanto de ti mismo! Tu fuerza, tu bondad...

Edgard se había santado junto a ella

en el sillón que dejara vacío su hermana. Acercó su rostro al de la bella convaleciente y, con acento cálido y dulce, murmuró en su oído:

—¡Encanto! Déjame cuidar de ti para siempre... Déjame tenerte a mi lado y amarte... amarte siempre...

—¿De veras me amarás?—murmuró ella.

—¡Sí! ¡Es tan sencillo amarte!

—Porque ya no soy salvaje y de mal corazón ni tengo modales gitanos...

Hizo este comentario con una ironía amable que, no obstante, confundió a Edgard. Recordando la violenta escena sostenida hacía meses en "Cumbras Borrascosas", el joven intentó disculparse:

—No... yo...

—Desde luego, tenías razón, Edgard—contestó ella riendo—. Lo que dijiste hace tiempo era verdad. Tenía algo maldico sobre mí, algo que me impedía ser yo misma, por lo menos ser lo que yo ansiaba: vivir en el cielo.

—¡Eres encantadora!—murmuró él hundiendo su rostro en el pelo de ella y aspirando su perfume—. Nunca te he besado...

Sus labios se juntaron en un beso. Cathy aspiró hondamente. Parecía, en realidad, otra mujer. El recuerdo del "otro" había muerto. Renacía a una vida nueva, una vida sana, apacible, ordenada, tranquila.

—Nadie me besará otra vez sino tú—dijo con voz solemne—. ¡Nadie! Seré tu esposa. Estaré orgullosa de ser tu esposa.

—¿Tu querido?

—Seré buena contigo y te amaré siempre.

Un mes después, Catalina Earnshaw y Edgard Linton contraían matrimonio en la misma capilla del Castillo.

Al salir de la iglesia, pasaron entre una doble hilera de gente del condado que se había congregado allí para verlos. Todo el mundo elogiaba la hermosa pareja que hacían. Todos querían felicitarles, todos les entregaban flores.

—¡Miradla, qué bonita está!—decía una mujer del campo, con los ojos brillantes de alegría—. ¿No forman una feliz pareja? ¡Y tan guapos los dos! ¡Qué traje tan precioso! ¡Que Dios les dé larga vida!

Una muchacha se acercó a Cathy.

—Brazos blancos de la buena suerte, señorita Catalina—dijo entregándole un ramo.

Catalina palideció. Algo que era como la sombra fugitiva de un recuerdo pasó por sus ojos. Se vió a sí misma cogiendo brezos, y a su lado...

—Vamos, Cathy, ¿qué es eso?—inquirió Edgard, súbitamente alarmado al sentir que el brazo de ella hacia presión sobre el suyo, al mismo tiempo que el bello rostro sonrosado de su novia había perdido el color.

—Un viento helado llegó a mi corazón—contestó ella con voz temblorosa—. Como un presagio. Pero tú me focaste y desapareció.

—No es nada, mi vida, estoy seguro...

También Ellen, que confundida entre la multitud presenciaba el paso de la comitiva, sintió un frío en el corazón sin saber por qué. Sí; lo sintió en el momento en que la carroza arrancaba llevándose consigo a su querida Cathy. Sin querer, Ellen pensaba en el ausente, en aquel Heathcliff tan áspero y duro como las rocas que rodeaban "Cumbres Borrascosas" y que había huído una noche, loco de amor y de celos, en busca de la muerte tal vez.

CAPITULO X

Pero los años pasaron y Cathy y Edgard se sentían cada vez más felices. Formaban una pareja ideal. La antigua Cathy, la chiquilla atrevida y salvaje, la compañera inseparable de aquel gitano de ojos profundos y misteriosos, como todos los de los hombres de su raza, se convirtió en la señora del castillo y parecía muy enamorada de su marido. En cuanto a Isabel, mostrábase muy cariñosa y presidía con dignidad todas las fiestas que daba el matrimonio.

Edgard y su padre se habían entregado aquella noche a una partida de ajedrez. Cathy borbaba en su hastidar e Isabel se aburría elegantemente, sentada en un sillón y leyendo una novela soporífera. De pronto, los perros, aquellos perros que un día hlocaran el diente en la delicada carne de la que ahora era su dueña, empezaron a ladrar desahoradamente. Cathy, súbitamente inquieta sin saber por qué, preguntó:

—¿Qué les pasa a los perros?

—Será probablemente uno de los criados que vuelve del pueblo—contestó su marido—. Cathy, habló esta tarde con Jeff Peters sobre la construcción de un ala nueva en el edificio. No creo muy probable ni posible el casamiento de Isabel antes de un año o dos. Ella es tan particular...

Había hablado en voz alta, sin el me-

nor asomo de mala voluntad ni de malicia. Isabel, que le había estado escuchando, le contestó en el mismo sentido:

—El deber de un hermano, querido Edgard, es presentar a su hermana a otros hombres que no sean vanos y pálidos poetas.

Edgard se echó a reír.

—¡Oh, tú quieres un dragón!—comentó,

—Sí, sí, y con fieros bigotes.

Cathy levantó los ojos de su labor, para hablar a su cuñada, diciéndole en tono festivo:

—¡Pobre Isabel! Temo haberme llevado la única presa del condado.

—Gracias, Cathy—contestó su marido—. En cuanto a mí, el cielo está entre estas cuatro paredes de la habitación. Y a propósito, voy a enseñaros estos planos...

Salió de la habitación, Isabel, por su parte, lo había hecho también. Como no podía ir en busca de su héroe, el dragón con bigotes, optó por refugiarse en su cuarto. En cuanto al socio señor Linton, terminada su partida, se había ido a dormir. Cathy quedó sola unos momentos, muy pocas, porque en seguida entró Ellen y, acercándose a ella, le dijo con voz temblorosa:

—Señorita Cathy...

—¿Qué ocurre, Ellen?

—Una persona desea verla a usted.

Había puesto tanto misterio en sus sencillas palabras y su actitud era tan rara, que Cathy comentó riendo:

—Hablas como si se tratase de un fantasma.

Ellen tardó un instante en responder. Su voz sonó tan apagada al hablar, que Cathy casi no la oyó.

—Lo es—murmuró—, lo es, en efecto, "El" ha vuelto.

—¿Quién?

—Heathcliff.

Hacia tiempo que los ojos de Cathy habían perdido el brillo inquieto que poseyeran en los años de su adolescencia y de su primera juventud. Desde que se había casado con Edgar tenían una expresión serena. Pero ahora, al oír el nombre que acuchaban de pronunciar los labios de Ellen, una ráfaga de aquel antiguo brillo volvió a reflejarse en ellos. Esforzándose por mantenerse serena, preguntó:

—¿Qué es lo que desea?

—Quiere verla a usted.

—Dile... dile que no estoy en casa...

En aquel instante entraba de nuevo Edgar con los plenos ofrecidos.

—¿Que no estás en casa, Cathy? ¿Para quién no estás en casa, querida?

—Es Heathcliff. Parece que ha vuelto.

La serenidad que reflejaba habitualmente el rostro de Edgar no se alteró lo más mínimo.

—Bien—contestó—, ¿Qué novedad? ¿De dónde viene?

—De América, dice. Ha cambiado tanto que no le reconocía—explicó Ellen.

—Para mejorar, supongo...

—Sí, sí, es todo un caballero. Traje elegante, un caballo magnífico...

—No pierdas el tiempo—atajó Cathy haciendo un gesto de impaciencia— Dile que no tengo ningún deseo de verle.

—Es insensato, Cathy—repuso su marido—. No podemos ser tan crueles con él. Viene de un largo viaje y es todo un caballero según dice Ellen. Quiero ver cómo América ha transformado tan elegantemente a nuestro Heathcliff. Que pase, Ellen.

—Sí, señor Edgar.

Salió el ama de llaves y Cathy, cuyos ojos habían perdido la serenidad, no pudo ocultar su inquietud a su marido. No pudo ni quiso. Nunca había hablado entre ellos ni la sombra de un fingimiento.

—Edgar!...—murmuró.

—¿Qué?

—Hace frío—musitó ella, estremeciéndose.

Como si adivinara lo que estaba pasando por su alma, Edgar se inclinó sobre su mujer y depositó un dulce beso en su frente, en aquella frente tersa y bella, en la que se marcaba ahora una arruga profunda.

—¿Por qué estás nerviosa?—le dijo acariciando su cabello—. El pasado ha muerto. Es insensato, Cathy, temblar ante un pequeño fantasma que vuelve. Una hoja muerta que vuela a tus pies. Puedes sonreírle sin temor a ofenderme, porque es mi esposa que sonríe, mi esposa que me ama...

Las palabras de Edgar volvieron a Cathy la confianza en sí misma que parecía haberla abandonado por un momento. La arruga de la frente desapare-

ció, sus ojos se serenaron y contestó con voz firme:

—Sí, sí, tienes razón; he sido una tonta. Gracias, Edgar.

En la puerta del fondo apareció una figura varonil. Detúvose unos instantes para mirar a su alrededor y luego, con paso firme y seguro, avanzó hacia la pareja.

Era Heathcliff y estaba hecho todo un caballero. Ellen no había mentido. Su traje, de corte impecable, su peinado, su actitud, su porte, eran de un caballero. Su rostro pálido y rasurado, tenía una expresión grave y bella.

Pero había algo en él, algo que no había cambiado en absoluto. La mirada de sus ojos, aquellos ojos profundamente hundidos en las órbitas y de un negro de azabache, brillantes y duros. Aquellos ojos estaban fijos en un rostro de mujer. El rostro de Catalina Earnshaw. No había apartado la vista de ella desde que apareció en el umbral de la puerta. Ahora, frente a Cathy, aquellos ojos parecían pedir, suplicar, implorar una mirada. Pero Cathy tenía la vista obstinadamente fija en el suelo.

—Señor Linton—dijo el recién llegado inclinándose ante el dueño del castillo.

—Señor Heathcliff, ¿cómo está usted?

—¡Hola, Cathy!—siguió diciendo el visitante, inclinándose ahora ante la señora—. Recuerda esta habitación...

Era la misma en la que se había desarrollado la terrible escena después de la mordedura de los perros. Pero hacía algunos años de aquello y los dueños de la casa debían haberlo olvidado, porque ninguno de los dos contestó a su insinuación.

Durante unos instantes reinó un silencio hostil. Finalmente, Edgar, sobreponiéndose, dijo, tratando de mostrarse amable:

—Pase, Heathcliff, tome asiento. ¿Quiere usted un whisky?

—No, gracias.

—Bien. Nunca he visto una transformación parecida; no la hubiera conocido. Parece que ha prosperado usted desde nuestro último encuentro.

—Un poco—repuso Heathcliff.

Contestaba como un autómata, sin saber, en realidad, si su contestación era o no apropiada a la pregunta. Seguía mirando a Cathy, mirándola con sus ojos sombríos y negros. Pero Cathy no quería mirarle, sorda a la llamada suprema de aquellas pupilas cuyo brillo la había fascinado en otra época. Al fin, obedeciendo a una ligera presión de brazo que le hizo su marido, pudo bsbucear:

—Ellen dice que has vivido en América.

—Sí...

—Todos pensábamos dónde estarías.

Isabel, que cansada de aburrirse en su habitación había decidido volver al salón, entró en el preciso instante en que Cathy pronunciaba aquellas palabras. Sus hermosos ojos azules contemplaron la alta figura de Heathcliff, su rostro aterado, su mirada extraña. Fue tan grande su sorpresa al ver allí a aquel desconocido, que durante unos instantes no supo qué hacer ni qué decir. Su hermano, al verla allí parada, mirando a Heathcliff como si fuese un bicho raro, le dijo:

—Ven aquí, Isabel.

Y dirigiéndose al visitante:

—Permítame que le presente a mi hermana.

—Señorita Linton...

Se inclinó profundamente ante la joven, pero sin mirarla siquiera. Sus ojos seguían fijos en Catalina.

Edgard reanudó la conversación interrumpida unos instantes por la presencia de su hermana.

—¿Y a qué se debe esta maravillosa transformación? ¿Ha descubierto usted una mina de oro en el nuevo mundo o tal vez heredó usted una fortuna?

Heathcliff tardó un poco en contestar. Una sonrisa diabólica asomó a sus labios. Y cuando contestó, su voz tenía una inflexión extraña, casi burlona:

—Lo cierto es que me acordé de que mi padre fué Emperador de la China y mi madre una Reina India y me fui a reclamar mi herencia. Todo ha ocurrido como tú sospechabas un día, Cathy, y he sido secuestrado por unos piratas que me trajeron a Inglaterra, por que yo soy de noble cuna...

Los labios de Cathy se crisparon con una mueca. ¿De rabia o de dolor? Tal vez de ambas cosas. Al fin, tras un supremo esfuerzo, consiguió cambiar de actitud, e irguiéndose altanera, preguntó:

—¿Van a estar aquí unos días? Quiero decir, en el pueblo...

—El resto de mi vida. Acabo de comprar "Cambres Borrascosas", la casa y los pentanos.

Cathy se estremeció. En cuanto a Edgard, preguntó con tono bruscamente hostil:

—¿Quiere usted decir que Hindley le ha vendido la hacienda?

—No. El no lo sabe todavía. Me temo que será una sorpresa para él cuando

se entere que sus obligaciones de juego y las facturas debidas le han sido pagadas por su antiguo mozo de cuadra... o tal vez se limite a reírse de esta ironía, señor Linton.

—No lo entiendo. No entiendo cómo ha podido ocurrir esto sin que la señora Linton, mi esposa, se enterase.

—Entonces me ha correspondido representar el papel de buen samaritano en secreto.

—¿Por Dios, Heathcliff! Esta es la más satuta de las maldades que se hayan cometido en este condado.

Estas palabras las había pronunciado Linton sin esforzarse ni poco ni mucho en suavizarlas. Al contrario, parecía que al hablar, tuviese un marcado deseo de ofender a su visitante. En verdad, la noticia le había indignado y asqueado. Era una treta infame. Su nobleza y rectitud se sublevaran. ¡Si él hubiera sabido! ¡Si él hubiera sospechado siquiera el abismo de degradación en el que había caído Hindley, habría tratado de sacarle de él, aunque el mismo Hindley se hubiese opuesto! No por él, que no merecía ni el más mínimo sacrificio, sino por su hermana, que era, al mismo tiempo, la señora de Linton.

—Yo sabía que Hindley tenía dificultades económicas, pero no que sus propiedades fueran robadas por un extranjero.

La situación era tan tensa, que durante unos minutos las dos mujeres que se hallaban presentes, llegaron a temerlo todo. Un relámpago de ira brilló por un momento en los ojos de Heathcliff y, por otra parte, Edgard Linton se mostraba indignadísimo. Pero los temores de Cathy e Isabel resultaron ser

infundados, por cuanto Heathcliff, sonriendo con calma, contestó:

—No soy ningún ladrón ni extranjero. Simplemente su vecino, señor Linton. Y ahora, buenas noches.

Se levantó dispuesto a marcharse. Pero apenas había dado dos pasos en dirección a la puerta, le detuvo la voz de Cathy. Hasta aquel momento ella no había dicho casi nada. Saludos, palabras triviales. Mas ahora, su voz había cambiado, y su actitud también. Parecía completamente resuelta a no permitir que Heathcliff saliera de aquella casa con una palabra de rencor en los labios.

—¡Espera, Heathcliff!—exclamó con voz firme y segura—. Edgard y yo tenemos muchos vecinos a quienes recibimos con hospitalidad y amistad. Si tú eres uno de ellos, sé bienvenido a esta casa, pero no con un gesto de amenaza en el rostro ni con viejos rencores en el alma.

Heathcliff se volvió. Toda su alma parecía asomarse a sus negras pupilas, ardientes como ascuas. Pero su voz contradecía lo que expresaban sus ojos. Seguía siendo irónica, en el tono y en el significado de las palabras.

—Gracias, pero me doy cuenta de que no te he felicitado por tu boda. A menudo pensé en ello. Permíteme expresar mi alegría por tu felicidad de ahora.

Inclinóse para saludar a la dueña de la casa, hizo lo mismo con Isabel, despreció olímpicamente a Edgard y, sin

añadir una palabra, salió de la estancia.

Algo inquietante parecía flotar en el ambiente. Algo que separaba momentáneamente a aquellos tres seres antes tan unidos. Un influjo maléfico sin duda. Cathy estaba turbada, Edgard molesto, e Isabel francamente indignada, y no tuvo el menor inconveniente en confesar su estado de ánimo.

—Edgard, creo que te has portado muy mal. Y tú también, Cathy. Estoy terriblemente decepcionada de vosotros.

—¿De qué diablos estás hablando?—inquirió su hermano de mal talante.

—Has estado muy poco amable con él.

—Me he conducido perfectamente. Isabel, igual que Cathy.

—Le despediste como si hubiese sido un criado.

—No creo que pienses que sea otra cosa.

Isabel no compartía la opinión de Edgard respecto al visitante. Y como era la franqueza misma, se lo dijo claramente:

—Pues yo lo he encontrado muy distinguido.

—Me parece que no te he entendido bien, Isabel. Es imposible que una hermana mía piense que Heathcliff sea otra cosa que un zafio bien vestido, un rústico, un patán. Tomaré precauciones para asegurarme de que no le vuelvas a ver. Y ahora, a cenar.

Pero aquella noche nadie probó bocado en el castillo de los Linton.

CAPITULO XI

Transcurrieron unos días. Heathcliff había tomado posesión de "Cumbres Borrascosas", como amo y señor, y había podido, en un refinamiento de venganza, mostrarse generoso con Hindley, permitiéndole que permaneciera en la casa, en lugar de echarle como a un perro. Las lágrimas que le hiciera derramar en su infancia habían quemado su corazón y ni el tiempo ni la distancia habían podido cauterizar la herida. Hindley, en su envejecimiento, no había podido imaginar siquiera el mal que se hacía a sí mismo tratando de envejecer a Heathcliff. Cada palabra despreciativa, cada golpe, cada humillación habrían de volverse contra él más pronto o más tarde. No se puede sembrar odios sin cosecharlos.

—¡José, José!

Medio borracho, y tambaleándose, Hindley bajó la escalera. El fiel criado, que no había querido abandonarle en su desdicha, salió de la cocina para preguntarle:

—Dígame, señor Hindley,

—¿Dónde está la llave de la puerta? La necesito. El se ha ido y ésta es la ocasión. Voy a dejarle fuera esta vez y si trata de entrar le mataré. Busca la llave y tráeme una botella de vino.

—Ha pasado usted mala noche, señor Hindley...

—¿Una mala noche? Bien. Pero ¿cómo voy a estar tranquilo con ese pico de batre aquí dentro? El me apuñaló en la oscuridad. José, me robó, robó mi casa y mi oro... ¿Dónde está el vino?

—El doctor Kenneth se lo ha prohibido, señor Hindley.

—¡Al diablo el doctor Kenneth!

—Dale lo que quiera, José.

Esta orden fué dada por un tercer personaje que acababa de entrar. Era Heathcliff. Había tenido la precaución de llevarse la llave para evitar que Hindley tratara de dejarlo en la calle. Conocía demasiado bien a su antiguo amo y, por el momento, no quería verse en el trance de tener que echarlo.

—Pero el doctor Kenneth se lo ha prohibido, señor Heathcliff—objetó tímidamente José, tratando de abogar inútilmente por su antiguo señor.

—¿Qué le importa si mundo ni a nadie que este hombre esté borracho o no lo esté? ¡Haz lo que te digo!

Hindley se había dejado caer sobre una silla y apoyaba sus codos sobre la mesa. Miró a Heathcliff como alocinado.

—¡Fuera!—gritó—. ¡Fuera! Es algo temprano para mirar al diablo.

—Tu ingratitud, Hindley, me produce tristeza—repuso Heathcliff con una ironía cortante—. Todo lo que he hecho

por ti ha sido favorecerte. El dinero te sirve para beber, para jugar y para gozar del mundo como deseas. Ahora que no tienes un hogar propio, me acuerdo que una vez me diste un sitio cuando pudiste habermelo echado, y yo te permito quedarte, Hindley, y te provoco de lo que te gusta en contra de las lédenez del doctor.

—“Cumbres Borrascosas” volverá a ser mía—farfolló el borracho—. Volveré a ser el amo y te arrojaré como debí hacerlo hace años.

—Estamos a tiempo. ¡José! El señor Hindley empieza a desfallecer. Necesita fuego en sus venas. Un poco de valor para hacer frente a su desvesturada vida.

Hindley, como si no le hubiera oído, continuó:

—Tendré mi dinero y tendré tu sangre y tu alma irá al infierno. Riéte ahora, Heathcliff, en el infierno no te reírás.

Había sacado una pistola y apuntaba con ella al pecho de Heathcliff. Esto no hizo ningún movimiento para arrebatársela. Al contrario, le incitó con sus palabras:

—¿Qué esperas para disparar?

—Me darán las gracias por ello—continuó diciéndole el borracho con rabia—. El mundo entero dirá que hice bien librándole de un sucio, de un mendigo.

—¡Sí, dirá eso!—repuso Heathcliff con voz sorda—. Tira y volverás a ser el amo. El condado entero celebrará tu valor, Hindley. Dispara si te sientes hombre; pero no tienes sangre bastante

para hacerlo. ¿Recuerdas aquella vez que me diste con una piedra? ¡Y las veces que me avergonzaste y me vapuleaste como a un mozo de cuadra! ¡Fuiste un cobarde entonces y eres un cobarde ahora.

En efecto, Hindley no se había atrevido a disparar. Temblaba como un azogado ante la mirada dura, implacable y el valor sereno de su enemigo. Si Heathcliff hubiese demostrado tenerle miedo, si hubiese suplicado, le habría matado, sin duda, como a un perro. Así era Hindley. De mala índole, borracho y cobarde. Ahora estaba recogiendo la cosecha que había sembrado, y ni siquiera tenía el valor de encararse con su víctima.

Heathcliff le cruzó la cara de un bofetón y luego, dirigiéndose a José, le ordenó:

—Llévatelo de aquí y búscale un sitio para dormir.

—Me lo llevaré a la cama.

—No, a la habitación del amo, no. Yo soy el amo ahora.

José cogió a Hindley por los hombros y le arrastró materialmente hacia afuera. Antes de que pasase la puerta, Heathcliff, que había cogido la pistola que un momento antes dejara caer Hindley, se la tiró, diciéndole:

—José, su pistola.

—La esconderé.

—No, no. Un caballero no debe estar desprovisto de sus armas. Prefiero que la guarde él como un recuerdo de su cobardía.

Un nuevo criado que Heathcliff se había traído consigo entró en el comedor para avisar a su señor que una señora deseaba verle. El rostro sombrío de Heathcliff se iluminó repentinamente. Preguntó con ansia:

—¿Una señora? ¿De dónde?

—De La Granja.

Se precipitó hacia la puerta. Pero al ver a la visitante, toda la alegría que por un momento había reflejado su rostro, se desvaneció. No era Cathy. Era Isabel.

La joven había descendido del caballo y se acercó a Heathcliff sin el menor encogimiento, tendiéndole la mano, que él besó respetuosamente, como un verdadero "caballero".

—Espero que no molestaré—dijo con voz dulce.

—En absoluto—contestaron los labios de Heathcliff. Su corazón hubiese dicho otra cosa muy distinta. Pero, en realidad, había aprendido a conducirse como un caballero.

—Pasaba a caballo detrás de "Cumbrés Borrascosas" por los pantanos y el caballo se puso malo de repente.

—¿Le ha traído aquí?

—Sí.

—Ha hecho usted muy bien; quiero ver al desgraciado animal.

—¿Oh, no, no! No es necesario. Le

he dejado en el establo. Allí tienen cuidado de él.

—¿No quiere usted entrar?

Y con un gesto amable la invitó a que pasase. Una vez dentro, se sentaron en la galería de cristales, el rincón más confortable de "Cumbrés Borrascosas". Durante unos instantes ninguno de los dos habló. Se observaban mutuamente. Heathcliff parecía mirar con complacencia diabólica la frágil belleza de Isabel. En cuanto a la mirada de ésta, era francamente admirativa.

—Estaba furiosa contra mi hermano y contra Cathy—dijo ella al fin—. Se lo dije a ellos mismos. Pensé que se habían portado muy mal con usted.

—Señorita Isabel, ¿la ha enviado su hermano con una excusa? —inquirió Heathcliff con un dejo de malicia.

—¡Oh, no! Al contrario, me ha prohibido...

—¿Hablarle?

—Sí—repuso tímidamente Isabel bajando los ojos.

—¿Y... la señora Linton?

—También está muy coladada con usted.

Una sonrisa cruel asomó a los labios de Heathcliff. Miró fijamente el bello rostro de Isabel, con una expresión indefinible. Tal vez si la hermana de Linton hubiese podido adivinar lo que se

ocultaba tras de aquella mirada, en lugar de permanecer allí sonriente y satisfecha, habría huido rápidamente, como el que escapa de un peligro. Pero Isabel se sentía seducida, fascinada, irresistiblemente atraída por aquel hombre. Había sido algo repentino e imprevisto. Desde que la viera en su casa había estado continuamente bajo su influjo. Por esto se encontraba ahora allí, frente a él, sonriéndole y pensando por primera vez en la vida, que el mundo era suyo y que valía la pena de haber venido a él.

—Así que de todo el condado usted es mi sola amiga—resumió finalmente Hestheriff tras una corta pausa.

—A mí me gustaría serlo—repuso ella tímidamente.

—Bien, celebremos nuestra nueva amistad con una galopada por los pantanos, ¿quiere usted?

—¡Oh, pero mi caballo está malo!

—Amiga mía—dijo Hestheriff levantándose y cogiéndola por el brazo—. Su caballo de usted no está malo ni lo estuvo nunca. Usted vino a verme porque se encontraba muy sola. Porque es desagradable estar como una extraña en una casa tan feliz como la de su hermana. Desagradable galopar por los pantanos sin nadie al lado. Desde ahora nunca se encontrará sola.

CAPITULO XII

Los Linton celebraban una fiesta aquella noche. Todos los hacendados del condado habían sido invitados. Y como los Linton sabían hacer bien las cosas, al que decir tiene que el aspecto de los salones del castillo resultaba deslumbrador.

Catalina hacía los honores de la casa con una gentileza exquisita. Ni el más ligero vestigio quedaba en ella de la Cathy de otros tiempos, salvaje y arisca, como las peñas que rodeaban a "Cumbres Borrascosas". Su belleza se había añadido, su hermoso cuerpo, delgado y flexible, había adquirido cierta morbidez.

Aquella noche estaba deslumbradoramente hermosa. Llevaba un vestido blanco y, sobre el negrísimo pelo, una magnífica diadema de brillantes, regalo de su marido.

Todo el mundo se disputaba el favor de un saludo y de una palabra amable de la hermosa castellana. Y ella, sin prodigarse en exceso, con una exacta y maravillosa medida de la ponderación, sabía sonreír y hablar y moverse, con una gracia tal, que aquellos que la vieron una sola vez quedaban realmente cautivados.

Ya avanzada la fiesta, cuando la orquesta había tocado dos o tres bailes, se presentó un nuevo invitado. Era

Heathcliff. Ellen, que junto al mayor-domo esperaba en la puerta la llegada de los visitantes femeninos para atenderlos, dominó a duras penas un grito de sorpresa.

—Buenas noches, Ellen—saludó al recién llegado.

Iba elegantemente vestido, con un traje de etiqueta impecable, el pelo rebelde había sido domado, y también el ademán, Isabel, al verle, corrió hacia él.

—Temí tanto que no viniese usted esta noche... Hubiera sido muy desagradable.

El doctor Kenneth, que había sido invitado a la fiesta, fué el primero, aparte de Isabel, en ver a Heathcliff. De sus labios salió una exclamación:

—¡Cielo Santo!... Ese es Heathcliff.

El doctor estaba al lado de Edgard Linton. Ni éste ni su mujer habían invitado al recién llegado, por lo que Edgard contestó, con un tono que no dejaba lugar a dudas acerca del "placer" con que veía la presencia de aquel hombre en su casa:

—Sí, es él...

—No puedo creerlo. Aquí, en la casa de Cathy; es imposible.

—No ha sido Cathy quien le ha invitado, sino mi hermana. Es una joven algo fantástica, pero hay que tener cui-

dado de no excitar demasiado su fantasía, que la gasta, sin perjuicio, en unos cuantos bailes.

Cathy no había visto todavía a Heathcliff. ¿Cómo reaccionaría ante su presencia? Probablemente, dado el dominio de sí misma que había logrado adquirir, lo haría en la única forma que podía hacerlo una gran dama: con indiferencia.

Isabel, en tanto, parecía enteramente trastornada. Su bello y juvenil rostro había adquirido un tinte sonrosado. Sus ojos brillaban de alegría. Miraba a Heathcliff francamente, con admiración que no trataba de disimular.

—¡Oh! Madame Eilers va a tocar el clavicordio. Vamos a sentarnos. Le permitiré que me haga un poco la corte.

Madame Eilers se sentó ante el instrumento y tocó con una maestría maravillosa la "Marcha Turca", de Mozart.

Cathy se había colocado frente al sofá donde estaba sentada su cuñada. Detrás de Isabel, de pie, erguido y altanero, había un hombre. Cathy miró su rostro y dejó escapar un grito ahogado. ¡Era Heathcliff! ¿Cómo y cuándo había entrado? ¿No sería una ilusión de sus sentidos?

¡No! Allí estaba él, mirándola, mirándola sólo a ella. El mundo había desaparecido para Heathcliff, se había hundido en el vacío. Sólo tenía ojos para mirar a Cathy. Sus pupilas, enormemente abiertas, como si quisieran captar la seductora imagen, tenían una expresión de adoración tal, que cualquier extraño ignorante de la dolorosa historia de aquel par de seres, con sólo seguir la

dirección de la mirada de Heathcliff habría adivinado el drama íntimo de aquel hombre. En el abismo de aquellos ojos profundos, misteriosos y tristes, se leía todo un poema de amor inmenso, apenas reírenado por las conveniencias sociales.

Terminó la pieza y los invitados aplaudieron calurosamente a la ejecutante, la cual, después de saludar gentilmente, se confundió entre la multitud. Acto seguido, unas cuantas parejas empezaron a bailar. Isabel invitó a Heathcliff a ser su pareja.

—¡Oh, es un vals, Heathcliff! ¿Quiere usted? Podemos bailar enlazados y nadie podrá oponerse, porque así es como se baila el vals.

Heathcliff, a quien la voz de Isabel pareció volver a la realidad, tuvo un comentario irónico:

—¡Pero así es como bailan los gitanos! Estoy sorprendido de ver semejantes modales en una casa tan elegante.

En aquel instante, un galancete se acercó a Isabel para invitarla a bailar. La joven trató de excusarse, mas Heathcliff, que desde que había entrado en el salón tenía una sola idea —acercarse a Cathy—, aprovechó la oportunidad para zafarse de la hermana de Edgard.

—¡Oh, sí, Isabel! ¡Déjame ver cómo baila!

—¿Quiere contemplarme? —dijo ella sin saber si sentirse dolida o halagada.

—Desde luego.

Isabel se resignó y se dejó enlazar por su pareja.

* * *

Apenas se había apartado Isabel de Heathcliff, éste corrió al encuentro de Cathy.

—¿No quieres hallar este vals?—le preguntó.

Cathy había tenido tiempo de sobreponerse a la emoción que le produjera el ver a Heathcliff en el salón, pero ahora, al oír su voz, se echó a temblar de una manera extraña. Parecía absurdo, pero no podía remediarlo. Contentó con un tono que se esforzaba en ser indiferente:

—Gracias, estoy muy cansada.

—Entonces salgamos a la terraza. Te sentará bien el aire fresco y el claro de luna.

—Puede ser.

No pudo oponerse. Algo más fuerte que su voluntad la arrastraba hacia la terraza. En verdad, tenía necesidad de hablar a solas con su amigo de la infancia.

—¿Estás satisfecho, Heathcliff?—inquirió cuando estuvieron solos.

—Sí, lo estoy. He tenido el placer de contemplarte.

—Estás muy elegante, Heathcliff, y muy guapo. Mirándote esta noche no he podido dejar de recordar los tiempos pasados.

—Entonces eran mejores — dijo él sombríamente.

—No pretenderás que la vida no ha mejorado para ti...

—La vida terminó para mí. ¿Cómo puedes estar aquí a mi lado y no querer recordar? No quieres saber que has roto mi corazón, que tu cara es la única luz que brilla en la oscuridad de mi existencia.

Había hablado con voz cálida y apasionada.

—Heathcliff! ¡Te prohíbo...!—balbuceó intensamente pálida.

—Prohíbes lo que tu corazón me está diciendo ahora. ¡Sí! Lo oigo más fuerte que la música... ¡Oh, Cathy, Cathy!

Se acercó tanto a ella, que sus alientos se confundían. Durante unos instantes, Cathy permaneció inmóvil, sin hacer el menor gesto para apartarse.

—Yo no soy aquella Cathy. ¿me entiendes?—dijo al fin—. Soy alguien más. Soy la mujer de un hombre que me ama y a quien amo.

—Si él te amase con toda la fuerza de su alma durante su vida entera, no podría amarte tanto como yo en un solo día. Ni él, ni el mundo, ni tú tampoco. Cathy, pueden separarnos.

Era insensato, más que insensato, loco, todo lo que decía. Cathy no quería oírlo, ¡no quería!, pero no se atrevía a hacer ni un movimiento para apartarse.

—Heathcliff, debes irte, debes salir de esta casa y no volver jamás a ella—dijo con un acento de súplica desgarradora—. No quiero volver a ver tu cara ni volver a oír tu voz mientras viva.

—¡Mientes!—murmuró él a su oído.—¿Por qué crees que yo estoy aquí esta noche? Porque he oído, he oído tu llamada a través de los mares...

Buscaba ansiosamente con sus ojos los ojos de Cathy, porque sabía que en ellos se reflejaría la verdad de su alma, aquella dolorosa verdad que ella no quería pronunciar con sus labios.

Pero en aquel momento Isabel salió a la terraza. El encuentro quedó roto. Cathy se apresuró a entrar en el salón, dejando solos a los dos jóvenes. Huía

de él... y huía de sí misma. Isabel habló con volubilidad:

—¿Ha vuelto Cathy a portarse horriblemente con usted? Si ella no fuese mi cuñada yo diría que está celosa... ¿Vamos?

Los ojos tan prodigiosamente expresivos de Heathcliff contemplaron unos instantes el bello rostro de la joven hermana de Edgard Linton, el hombre al que en aquel instante odiaba con toda su alma. Durante unos momentos que a ella le parecieron un siglo, aquel hombre raro y fascinador la estuvo mirando de un modo que la causaba deleite y miedo al mismo tiempo. Luego, inclinándose con galantería, le ofreció el brazo y bajaron la escalinata que conducía al jardín.

CAPITULO XIII

Isabel se había retirado a su cuarto y se cepillaba ante el espejo su hermosa cabellera. Detuvo unos instantes su labor para contemplarse en él y sonreír satisfecha. Si, era hermosa, tan hermosa como podía serlo su cuñada Cathy, y más joven. ¡Hermosa, joven y esmerada! El mundo era suyo, enteramente suyo.

Entró Cathy en el cuarto, y antes de que su cuñada pudiera preguntarle nada, le dijo con tono resuelto:

—Isabel, quiero hablar contigo. Sobre Heathcliff.

—Es muy tarde y no siento deseos de discutir—contestó Isabel fríamente.

—Isabel, has estado muy desagradable esta noche. Fué bastante loco hacerle venir aquí, dar tú misma un espectáculo, arrojarte a él...

Pálida de ira, Isabel se levantó, acercóse a su cuñada y, con voz casi amenazadora, le dijo:

—¿Catalina! ¡Ten cuidado con lo que dices!

—Eres una estúpida—continuó implacable su cuñada—. Una vana y pobre estúpida. No callaré por más tiempo. Voy a decirte la verdad. Tienes que oírlo y eres bastante fuerte. Debes ver claro. Isabel, ¿no ves lo que él está haciendo? Se está valiendo de ti para estar cerca de mí, para sonreírme a tus

espaldas, tratando de volver a despertar algo muerto en mi corazón. Y esto no puedo seguir así. No permitiré que le ayudes en sus planes.

—Tú sí que eres vana e insufrible—repuso Isabel con un acento cargado de odio—. Heathcliff está enamorado de mí, tiene amores conmigo.

—¿No es cierto!

—Sí es cierto. Me lo ha dicho. Me ha besado. ¡Sí! ¡Me ha besado! ¡Me ha tenido en sus brazos! ¡Me ha dicho que me ama!

Cathy e Isabel, que hasta el día en que volvió Heathcliff a "Cumbres Borrascosas" se habían querido como hermanas, se sentían ahora separadas por un abismo de odio. "El" las separaba. Él estaba entre ambas, jugando con el corazón de una, atormentando el recuerdo de la otra, ejerciendo un influjo maldéfico sobre ellas. Cathy sabía que era así, pero no Isabel, que estaba ciega y no deseaba curarse.

Cathy permaneció unos instantes indecisa y luego, avanzando unos pasos hacia la puerta, amenazó:

—Voy a decirselo a tu hermano.

—¿Puedes ir! Me ha pedido que me case con él. Díselo a Edgar. Dile que vamos a casarnos, que Heathcliff va a ser mi marido.

Cathy volvió a retroceder. Juntó sus

manos en actitud de súplica. Sus palabras le hirieron del fondo del corazón. Por un momento dejó de mirar a Isabel como a una enemiga.

—¡No puedes casarte con él!—gritó.
—Hearthcliff no es un hombre, sino algo oscuro y terrible para vivir con él.

Pero Isabel interpretó mal sus palabras y, adoptando un tono sarcástico, repuso con rabia:

—¿Te imaginas que no sé a qué se debe tu actitud? ¡Es porque le amas! ¡Sí! ¡Le amas! Y estás loca de pena y de celos pensando que voy a casarme con él, porque tú quieres que él se desespere y sueñe contigo, que sufra por ti, mientras tú vives tranquila siendo la señora de Linton. ¡Tú no quieres que él sea feliz! ¡Tú quieres hacerle sufrir!

Se detuvo unos momentos, pues Catalina había osado levantarle la mano y le había cruzado el rostro de una bofetada. Temblando de ira, siguió hablando:

—¡Sí! ¡Quieres hacerle sufrir! Pero yo quiero hacerle feliz.

De nuevo el rostro de Isabel sufrió el castigo de la mano de Cathy, y aquella iba tal vez a devolvérselo cuando se abrió la puerta y apareció en el umbral la noble y serena figura de Edgard.

—Oí vuestras voces.

—Estábamos discutiendo acerca del baile—repuso Isabel componiendo rápidamente el ademán.

—Bien, hay mucho tiempo para charlar mañana y tú debes irte a la cama, Cathy. Estás cansada. Buenas noches, Isabel.

Había fingido creer las palabras de su hermana, aunque sospechaba cuál era el motivo que había llevado allí a Cathy. Pero nada le dijo a ésta, y si bien ella no pudo conciliar el sueño durante toda la noche, estaba convencida de que su marido no sospechaba su estado de ánimo.

Al día siguiente, por la mañana, Catalina Linton hizo enganchar el carruaje y se hizo conducir a "Cumbres Borrascosas". Iba dispuesta a dar la batalla a aquel hombre que parecía querer desafiarse, pero sin perder ni un átomo de su orgullo ni de su dignidad.

La sorpresa de Heathcliff al verla en su antigua casa fué tan grande, que durante unos instantes no supo ni qué decirle. Finalmente pudo recobrarse, y le preguntó en un tono irónico y amargo:

—¿A qué vienes a "Cumbres Borrascosas"? ¿Lo sabe Edgard? Dado que lo apruebe.

Por un instante, Catalina Linton volvió a ser la Cathy de otros tiempos. Un cúmulo de recuerdos le había salido al encuentro al traspasar el umbral de la casa. Pero, rasconando súbitamente, preguntó fríamente:

—Heathcliff, ¿es cierto que Isabel va a casarse contigo?

Y viendo que él hacía un gesto afirmativo:

—Heathcliff, no debes cometer esa

felonía—le reprochó—. ¿Qué mal te ha hecho ella?

—Me lo hiciste tú—repuso él en voz baja.

—Entonces, castígame a mí.

—Eso haré, cuando la tenga en mis brazos, cuando la bese, cuando le prometa la vida y la felicidad.

Su voz vibraba extrañamente. Sus ojos estaban fijos en el rostro de Cathy. Siempre fijos en aquel rostro adorado.

Ella juntó las manos en ademán suplicante.

—No, Heathcliff, si algo humano queda aún en tu corazón, no hagas eso—suplicó—. No me hagas cómplice de tal crimen. Es estúpido, es horrible.

Heathcliff echó hacia atrás la cabeza con un gesto de fiereza. El pelo rebelde se le ensortijaba como cuando era un mozo y jugaba con Cathy. Pero no era el mismo Heathcliff de entonces, sino algo muy distinto.

—Si tú me hubieses mirado una vez más, con lo que yo sé que hay en tu corazón, yo sería tu esclavo—repuso, recalcando las palabras—. Cathy, si tu

corazón fuese más fuerte que tu tenebroso y sucio temor al mundo, yo viviría silenciosamente contento a tu sombra... Pero no, tú vas a destrozarnos con esa debilidad que tú llamas virtud... Quieres tenerme atormentado con esa crueldad que tú crees piadosa. Te has regocijado de ver cómo sufría mi amor por ti. Pues bien, después de esto tú no vas a pensar en mí como un imbécil y desesperado enamorado. Vas a pensar en mí como marido de Isabel y vas a alegrarte de mi felicidad como yo me alegré de la tuya.

No dijo más. ¡Ya era bastante! Y, por otra parte, Catalina Linton no habría querido seguir escuchándole. Antes de que terminara la frase, había salido ya de la casa y, corriendo hacia su coche, dijo al cochero:

—Al pueblo, a recoger al señor Linton.

Una hora después, Cathy y su marido llegaban a La Granja. Mientras subían la escalera que conducía a sus habitaciones, Edgard, contestando a su mujer, le decía para tranquilizarla:

—¿Casarse Isabel con Heathcliff! ¡Eso es absurdo!

—Pues es cierto, como te he dicho. ¿Qué vas a hacer?

—La encerraré con cerrojo y llave si es preciso...

Entró en el cuarto de su hermana y un momento después volvió a salir. Cathy, que le esperaba a mitad de la escalera, comprendió por su actitud que algo grave acababa de descubrir. Llevaba un papel en la mano, que su mujer le arrebató. Era una carta de Isabel, en la

que le comunicaba que había huido con Heathcliff. Cathy la leyó en menos de un segundo. Levantó luego la vista del papel y clavando en su marido sus ojos extraviados, gritó:

—Debes perseguirlos. ¿Me oyes?

—¿Perseguirlos! ¡Sería inútil!

—¡Sí, sí! ¡Debes perseguirlos!—siguió gritando ella. Tenía las facciones desencajadas y temblaba como un azogado—. Debes perseguirlos sin perder un instante. No pueden casarse. ¡No pueden casarse!

Un tanto extrañado por su actitud, Edgard intentó tranquilizarla.

—No, Cathy, no te desesperes. Ya no hay nada que hacer.

Pero Cathy no quería entender sus palabras, dictadas por la sensatez. ¡Sensatez! ¿Acaso ella la había conocido nunca? Arrebatada y furiosa siguió insistiendo, sin darse cuenta de que había ido levantando la voz y sus gritos podían ser oídos por los criados.

—¡Debes hacerlo, Edgard! ¡Coge tus pistolas! ¡Persigue los! ¡Mátalos! Evita que se casen. Este matrimonio no puede efectuarse... ¿Me oyes? ¡No puede ser! Es preciso...

De repente pareció volver en sí de aquel paroxismo. Se pasó la mano por la frente y miró a su marido, que tenía fijos en ella sus ojos escrutadores. Comprendió que estaba leyendo en su alma y, temerosa de que pudiera descubrir su terrible y doloroso secreto, arrepentida de su violencia, con un gesto humilde cayó arrodillada a sus pies, abrazó sus piernas, apoyó la cabeza sobre sus rodillas y empezó a sollozar desesperadamente, con un llanto sin consuelo.

CAPITULO XIV

Isabel y Heathcliff se casaron. Nada pudo hacer Edgard para impedir aquel matrimonio, ni nada, tampoco, Cathy. Pasaron los meses y las puertas de "Cumbres Borrascosas" estuvieron cerradas para Catalina así como las de La Granja no se abrieron tampoco para Isabel.

Aquel día, el doctor Kenneth había sido llamado por José para que asistiera a Hindley, que iba de mal en peor y de borrachera en borrachera.

El doctor, después de examinar a Hindley, le dijo:

—Dígame, amigo, ¿por qué no se golpea usted la cabeza con un martillo todas las mañanas? Si así lo hiciera permanecería usted inconsciente todo el día y obtendría el mismo resultado que bebiendo una gran cantidad de alcohol, pero con mucho menos perjuicio para sus riñones.

Se volvió hacia Isabel, que trajo a la cabeza por allí cerca, y le preguntó:

—¿Está usted conforme conmigo, señora?

La mujer de Heathcliff se encogió indiferentemente de hombros.

—¿Qué me importa eso?

—Pensé que si le importaría y que cuando usted viniese aquí las cosas cambiarían.

—No, la que ha cambiado soy yo—

repuso Isabel con un tono de inmensa amargura.

Era verdad, había cambiado tanto, física y moralmente, que nadie la habría reconocido. Un año escaso había sido suficiente para que se verificase aquella metamorfosis. Todos los sufrimientos morales que puede experimentar una mujer los había sufrido la infelice Isabel. Enamorada apasionadamente de su marido había tenido que soportar sus desprecios, sus silencios hostiles o sus palabras duras, sus rencores, sus desdenes, su mal humor perenne. Casándose con ella había querido vengarse de Cathy y tal vez lo había conseguido, pero si había una verdad indudable era que había destruido el corazón, el alma y el físico de aquella pobre mujer cuyo único pecado había sido el de amarle mucho. ¡Pobre Isabel, pobre señorita Linton, desengaño de hallar un marido que en nada se pareciera a los galanes un poco insulsos que habían rodeado su juventud! Casándose con Heathcliff había realizado sus sueños, pero ¡a qué precio! Al precio de vivir en el infierno.

El doctor Kenneth asintió tristemente. Después, con un eco de nostalgia en la voz, recordó:

—Recuerdo esta casa cuando estaba llena de risas y de amor. En fin, señora

Heathcliff, edílo. Dígale a su marido que llame a otro médico en el futuro. Las personas de esta casa están más allá de mi ciencia.

Isabel le acompañó hasta la puerta. Antes de despedirse, el médico le dijo:

—Isabel, yo la traje a usted al mundo. Pero éste es un mundo en el que no será feliz, si se queda aquí. Querida niña, tengo el deber de decirle: vuelva a su casa, vaya con Edgard aunque sea por un mes o dos. Esto sería su salvación y la de él.

—¡Edgard me ha repudiado!—repuso Isabel con rencor.

—¡Tonterías! Era natural en aquellas circunstancias, pero ahora la necesita. Cathy está gravemente enferma. Cuestión de días solamente. Quizá de horas.

Un destello de diabólica alegría brilló unos instantes en los ojos de Isabel, que antes eran dulces e ingenuos, y ahora tenían una expresión de perenne triatería.

—¿Qué tiene?

—Fiebre, inflamación de los pulmones. Pero, por encima de todo, hay algo que... yo no sé. Le llamaría deseo de morir.

—Si ella muriera... yo empezaría a vivir—murmuraron los labios de Isabel, e Hindley, que la oyó, se apresuró a contestar farfalleando las palabras:

—¿Empezar a vivir? En esta casa con Heathcliff nadie puede vivir. Sólo se puede odiar. Yo siento que aquí respiro como si el demonio respirase en mí. Y a ti te odia más que a mí: te detesta. Cada vez que le hablas, su corazón ruga de ira, porque tú no eres Cathy.

Se habían quedado solos, ya que el doctor, deseno de abandonar aquella

casa maldita, habíase apresurado a marcharse. Isabel se revolvió furiosa contra su cuñado:

—¿Te he prohibido que me hables de Heathcliff!

—¡Huye! ¡Huye!—sigaló diciendo obstinadamente el borracho—. Dójale.

En aquel momento entraba Heathcliff. Ningún cambio sensible se había operado en él; era el mismo hombre alto, fuerte, arrogante y despreciativo, del que Isabel se enamorara apasionadamente un día. Pero ya sus ojos no tenían motivo alguno para mirar a nadie con dulzura, y todo el odio que albergaba en su alma se asomaba a ellos.

—Bien—dijo con acento sarcástico—. Esta es la primera vez que oigo a Hindley hablar con lucidez. No son palabras muy cristianas, pero desde luego son coherentes. Parece señalar ciertos puntos... ¡Estoy encantado de tus progresos, Hindley!

—Yo traté de contenerle—dijo ella con voz temblorosa.

—Gracias, mi querida esposa. Tu lealtad es grande.

—Heathcliff, tus maldiciones volverán a ti para cebarse en tu cotazón. Los dolores que tú causes te serán devueltos—gritó Hindley como un alucinado.

—Heathcliff, ¿por qué le tienes aquí? No puedo convivir con él en esta casa—dijo Isabel, nerviosa.

—La existencia sería menos agradable sin mi amigo de la infancia bajo mi techo—aseguró Heathcliff.

—¡Heathcliff! Tu odio hacia él te está envenenando. Por favor, haz que se vaya, haz que el amor vuelva a esta casa.

Como siempre, la sola presencia de

Heathcliff tenía la virtud de hacerle olvidar todo lo que no fuera tratar de defender su amor, su pobre amor que no había sido jamás correspondido.

Se acercó a su marido y, cogiéndolo por los hombros, le sacudió fuertemente. Sus cabellos rozaron el rostro de él, que la apartó bruscamente.

—¡Oh! ¿Por qué no hay olor de brezos en tus cabellos?—murmuró.

El rostro pálido, demacrado, profundamente dolorido de Isabel, pareció cobrar una nueva belleza. Sus ojos azules, llenos de lágrimas, brillaban intensamente. Sin parar mientes en las palabras de su marido, siguió hablándole con acento desgarradoramente suplicante:

—Heathcliff, ¿por qué no quieres tenerme a tu lado? Tú no eres negro y horrible como todos ellos creen. Estás lleno de pena. Yo puedo hacerte feliz. Déjame instantarlo. No te arrepentirás. Yo seré tu esclava. Puedo hacer que la vida vuelva a ti, nueva y feliz...

—¿Por qué tus ojos están siempre vacíos como los de Linton?—siguió diciendo Heathcliff implacablemente. Seguía anhelando mirarse en la profundidad de unos ojos negros como dos abismos. Los ojos de Cathy...

—¡Oh, no están vacíos!—protestó ella—. Si tú los mirases más profundamente... ¡Mírame! ¡Soy bonita! Soy mujer y te amo. Tú lo eres todo en la vida para mí. Déjame ser algo en la tuya, Heathcliff. Deja que tu corazón me mire una vez...

El la rechazó con brusquedad.

—¡Oh! ¿Para qué quiero yo la vida? ¿Qué es la vida sino desesperación?

¡Pobre Heathcliff! No mentía. La vida para él era un abismo de desespe-

ración, porque estaba anegado de odio. Odiaba a Hindley, odiaba a su mujer, odiaba al mundo entero, menos a Cathy. Y aun a ella creía odiarla a veces... tan grande era su amor.

En aquel momento se abrió la puerta del jardín y apareció en el umbral la figura de Ellen. Heathcliff, al verla, apartó a su mujer y corrió hacia ella.

—¡Ellen! ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Necesito hablar con Isabel—repuso la interrogada con un hilo de voz.

—Bien, puedes hacerlo delante de mí.

—Su hermano me ha encargado que la lleve a casa. Necesita verla a usted, señorita.

—¿Por qué? ¿Por qué?—inquirió Heathcliff obstinadamente.

Pero los labios de Ellen permanecieron cerrados. No quería hablar, no debía hacerlo.

—¡Cathy! ¡Cathy está enferma!—exclamó de pronto Heathcliff, como si hubiese oído una llamada a través del espacio.

—Sí—murmuró Ellen—. El señor Edgard quiere que vaya usted en seguida, señorita Isabel.

—¡Se está muriendo!

Heathcliff se precipitó hacia la puerta. Isabel trató de detenerle.

—¡Heathcliff, tú no irás!—gritó con acento desgarrador—. Ella pertenece a Edgard. Si se está muriendo déjala que muera donde la corresponde, en los brazos de Edgard. ¡Déjala en paz! ¡Déjala en paz! ¡Déjala en paz!

Heathcliff la rechazó tan bruscamente que la hizo caer, y sin esperar a Ellen, echó a correr como un loco en dirección a La Granja, mientras en un rincón de la estancia, Hindley reía sardónicamente...

Si, Cathy se moría de un mal que no tiene cura; depresión de ánimo. La fiebre, la inflamación de los pulmones... todo aquello habría podido curarse si Cathy hubiese deseado vivir. Pero Cathy quería morir porque desde que Heathcliff había vuelto y, sobre todo, desde que Heathcliff había casado con Isabel, su vida era una perpetua agonía. ¡Pobre Cathy! La lucha que desde aquel día sostenían su corazón y su conciencia, la había ido destrozando lentamente.

Su cabeza descansaba en la almohada. El rostro pálido, los ojos hundidos, los labios exangües, Edgard, sentado a su lado, la contemplaba con desolación infinita. Sabía que moría de amor por otro hombre y, no obstante, no se atrevía a acusarla. ¡Al contrario! La amaba más que nunca y habría querido darle la vida, aun a costa de la suya.

—¡Cathy! ¿Te sientes un poco mejor?—le preguntó inclinándose sobre ella y besando su frente con infinita ternura.

—Sí, gracias, Edgard. ¿No sopla viento del sur? ¿No se ha ido todavía la nieve?—inquirió ella con una voz que era como un suspiro.

—Sí, ya se ha ido casi toda, Cathy, sólo quedan unos copos.

—El cielo brilla y las alondras cantan y los arroyos desbordan... Edgard, ¿quieres traer una cosa para mí?

—Desde luego, Cathy querida. ¿Qué es ello?

—¡Brezos! Los hay muy bonitos cerca del castillo. Quiero los brezos de allí.

—¿Cerca del castillo? ¿De qué castillo, Cathy?

—El castillo de los pantanos. ¡Sí, Edgard! ¡Ve allí, por favor!

—En los pantanos no hay castillo, mi vida.

—¡Sí lo hay! ¡Sí lo hay!—repuso ella y su rostro palidísimo se coloreó ligeramente—. Está en la colina, más allá de "Cumbres Borrascosas".

—Quieres decir Pennistone Crag.

—¡Sí, sí! Allí una vez fui yo reina. Ve allí, Edgard, y tráeme brezos, por favor...

—¡Iré, iré, mi vida!—aseguró Edgard intentando tranquilizarla, porque ella empezaba a desvariar de nuevo—. Mientras voy, duermes y descansas, y mañana te encontrarás mejor.

Los ojos de la pobre enferma reflejaron una gratitud infinita. Cogió la mano de Edgard y haciendo un esfuerzo supremo consiguió llevarla a sus labios.

—Tú has sido tan bueno para mí, Edgard, tan bueno...

—Duerme, encanto — le aconsejó él besándola suavemente en la mejilla.

Ella cerró los ojos. Linton bajó precipitadamente la escalera y llamó al criado.

—¡Robert! ¡Robert! Dí que preparen el caballo en seguida. Voy por el doctor Kenneth. ¡De prisa!

Un destino aciago pesaba sobre Heathcliff y Catalina. Cuando éste, transido de angustia, llegó a La Granja, encontró muerta a la amada. Tenía los ojos abiertos, como si le esperara y quisiera llevarse a la tumba su imagen, pero aquellos ojos no veían ya. No era más que un cuerpo inerte, insensible al dolor, insensible a las lágrimas del infeliz. La había matado el peso del recuerdo, del recuerdo del día en que siguió el lujo y la vanidad y despreció el impulso de su corazón, haciendo nacer en el corazón de Heathcliff aquella llama de odio que le iba consumiendo lentamente.

Heathcliff no quiso moverse de allí, a pesar de las amonestaciones de Ellen que quería evitar un encuentro con el marido. Sin embargo, Edgar no acogió su presencia con hostilidad. La muerte de su mujer le había dejado anonadado. Su amor por ella era distinto del de Heathcliff. Era más sensato y menos egoísta. La había querido entrañablemente, pero ahora, arrojado ante la cama, no tenía fuerzas más que para llorar.

—Ella vive en paz, en el cielo, más allá de nosotros—murmuró.

De pie, junto a la almohada sobre la que descansaba pesadamente la cabeza de Cathy, Heathcliff parecía la imagen de la desesperación. Sus ojos estaban secos, pero expresaban un dolor infinito. Había cogido una de las manitas frías e inertes de la amada y la apretaba contra su pecho. Al oír las palabras del marido, se irguió fieramente, diciendo:

—¿Qué saben ellos del cielo o del infierno, Cathy, si nada supieron de la vida? ¡Están rezando por ti, Cathy! Yo rezaré una oración con ellos. La repetiré hasta que se me seque la garganta. ¡Catalina Earnshaw, castígame por el mal que te hice! Yo te maté. ¡Encántame! ¡Encanta a tu asesino! Si es cierto que los fantasmas andan errantes por la tierra, quédate siempre a mi lado, toma una forma cualquiera. ¡Vuélveme loco! Pero no me dejes solo en esa oscuridad, donde no pueda encontrarte. ¡Yo no puedo vivir sin mi vida! ¡Yo no puedo morir sin mi alma!...

Se acento desgarrador llegó al alma de los que le oían. Ellen, el doctor Kenneth e incluso el mismo Edgard comprendieron que, de todos, él era el que más sufría. El rostro de la muerta, crispado un momento antes con una mueca

de dolor, había adquirido una extraña serenidad, como si desde el Más Allá hubiese escuchado el ruego del amado y se llevase a la tumba el consuelo de saber que aunque él siguiera viviendo, sería ya como si hubiese muerto.

EPILOGO

El ama de llaves se detuvo unos instantes para llorar. Los sollozos sacudían su pobre cuerpo viejo y enfermo. Las lágrimas anegaban sus ojos cansados y tristes. Al fin pudo balbucear:

—¡Cathy! ¡Mi pobre niña! ¡Cathy! Aun me parece estar viendo aquella triste hora en que el pobre Heathcliff trataba de rasgar el velo entre la vida y la muerte, suplicando al alma de Cathy que le encantase y le atormentase para morir.

El señor Lockwood, que la había estado escuchando con un interés creciente, murmuró:

—¿Y dice usted que era el fantasma de Cathy lo que ya vi en la ventana?

—No, el fantasma no, sino el amor de Cathy más fuerte que el tiempo, sollozando por los días no vividos y la felicidad no gozada...

Una ráfaga de aire abrió la puerta de par en par y apareció en el umbral la figura del doctor Kenneth. Tenía el rostro demudado, Ellen y el viajero le oyeron decir:

—¡Está loco, completamente loco!

—¿Quién?—preguntaron los dos a un tiempo.

—He visto a Heathcliff en los pantanos, con una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí. La vi con él, la vi con mis propios ojos.

—¡Esa Cathy! ¡Esa Cathy! —gritó Ellen como alucinada.

—No, no sé quién era. Traté de acercarme a ellos, pero de pronto mi caballo se encabritó y me lanzó. Lea llamó, mas ellos no me oyeron, les seguí, les digo a ustedes que vi a los dos, iban cogidos de la mano. Trepé tras de ellos y sólo encontré a él, solo con sus huellas en la nieve.

—¿Debajo de una alta roca, en un borde, cerca de Pennistone Crag?—murmuró Ellen.

—Sí.

—¿Estaba muerto? —inquirió Lockwood estremeciéndose.

El doctor no contestó, pero se oyó la voz de Ellen, una voz grave y dolorosa, diciendo:

—Sí, estaba muerto, pero con ella, muerto con ella, expiando su pecado de odio.

Y así terminó aquel poema trágico de dos seres que no habiendo podido unirse en la Vida se reunieron finalmente en el abismo insondable de la Muerte.

TITULOS EN EXISTENCIA:

SERIE "TRIUNFO"

- Barrios de Nueva York*, por Jackie Cooper y Martin Hoffman.
Amor inmortal, por Lillian Harvey y Louis Journe.
El casillero y la dama, por Ronda Morana.
Redención, por Warner Baxter y Wallace Beery.
Cuando me siento triste, *Noche de estreno y Cuatro revoluciones* (Serie Trío).
El secreto de Chao, *Charlie Chan en la pista*, *Charlie Chan en la Opera* (Serie Trío).
Master Wang en el Barrio Chino, por Boris Karloff.

PRECIO: 230 PTAS.

- Baja los Jamboras*, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
El pececuello, por Pauline y Lucien Barco.
Corset de baile, por Marie Bel, Harry Barr y Raimu.
Doce latruncos, por George Sanders y M. MacGregor.
Corazón de niño, por Jane Withers.
La ruta via Sa, por Victor Francen y Marcello Chantal.
Suprema decisión, *Rédigo Penúltimo*.
Un hombre en las prohibiciones, por Margaret Lockwood, Harry Bernard.
Adorable latruncos, por Judy Canova.
Eso que llamamos amor, por Annabella y Henry Fonda.
Una extra mil millón, por Sonja Henie y Don Ameche.
Caminando de gloria, por Libertad Lamarque.
El caballero del amor, por Otto Cenci y Luisa Pertierra.
La ley capada, por Micheline Presley y Marcello Chantal.
Vuelta al ayer, por Clive Brook y Anna Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.
Por otro querer, por Barbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Luz en las tinieblas, por Alicia Vally y Vasco Ghisetti.
Melodías eternas, por Gino Cenci y Conchita Montenegro.
Historia de una noche, por Salma Olmos y Santiago Arrieta.
Lidia, por Merle Oberon.
Chicago, por Tyrone Power y Alisa Fara.
Rausche la ilusión, por Emma Gramatica e las Pula.
El joven Edisa, por Mickey Rooney.
Argel, por Charles Boyer y Hedy Lamarr.
El explorador perdido, por Spencer Tracy.
Mi marido está loco, por Myrna Loy y William Powell.
Sólo se vive una vez, por Henri Fonda y Sylvia Sydney.
El loco negro, por Camille Lombard y James Stewart.
El orgullo de los yanquis, por Gary Cooper.
El casillero de los misterios, por Boris Karloff.
Bela Lugosi y Peter Lorre.
Bata de fuego, por Gary Cooper y Barbara Stanwyck.
Victorios las Noches, por Tyrone Power, Myrna Loy y George Brent.
Ella y su secretaria, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.
Una gran señora, por Barbara Stanwyck y Joel McCrea.

- El rey de los mares*, por Franchot Tone.
Kapota, doctor y enfermeras, por Loretta Young, Warner Baxter y Virginia Bruce.
Sue, por Tyrone Power, Loretta Young y Annabella.
El azote del sur, por Tyrone Power.
Tu acorda mi marido, por Sonja Henie y Jess Payne.
Siempre Eva, por Lucille Howard.
El cielo de Andalucía, por Angelita.
El hijo de Montecristo, por Louis Hayward, Jean Bennett y George Sanders.
¿Qué vardo sea mi vallet, por Walter Pidgeon, etc.
El hijo del gangster, por Jackie Cooper.
La jungla en armas, por Gary Cooper.

PRECIO: 230 PTAS.

SERIE "PRODUCCION ESPANOLA"

- La hermana San Sulpicio*, por Imperio Argentina.
La hija de Juan Nardo, por Angelita, Pilar Muñoz y Carmen Amaya.
La Dolores, por Conchita Piquer.
Santa Rosalia, por Rafael Rivellin, Juan de Landa y Mimi Muñoz.
El 12.000, por Juana Hernández y Rafael Durán.
Peludo a bordo, por Lina Yegros.
Escudrilla, por Alfredo Mayo.
Alma de Dios, por Amparito Reyes.
Se hermana y él, por Antonio Vico y Enrique Guitart.
Torot, por Imperio Argentina.
Servante, por Alfredo Mayo.
Pisapasta, por Juana Hernández y Rafael Durán.
La doncella de la Duquesa, por Carmen Gracia y Luis Peña.
Una casa de mujer, por Lina Yegros y F. Fernández de Córdoba.
Los millones de Paluchina, por María Santolalla, Manuel Luna y Luis Peña.
Torbellino, por Estrellita Castro.
So Encuentra el Mapeador, por María José Simó, Luis Fuentes y Michel.
Legión de honor, por Emilio Sandoval, Matilde Nacher y Rosita Alca.
Porque te vi besar, por Pastora Peña y Luis Peña.
Flora y Mariana, por Blanca de Elor y Pastora Peña.
de honor, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
Siempre mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
Se ha perdido un cadáver, por Roberto Font.
La villa está loca, por Juana Hernández y Manuel Marín.
El vida en las manos, por Isabel de Pineda y Julia Peña.
Delicadamente tontos, por Amparito Reyes y Alfredo Mayo.
Un caballero loco, por Amparito Reyes y Alfredo Mayo.
Cámpeset, por Luchy Soto y Carlos Muñoz.
El hombre de los milicos, por Vicente de Aranda.
Arribada toreros, por Alfredo Mayo y Sylvia Morgan.
El camino del amor, por Alicia Romay y Jacinto Quirós.
Ceo los ojos del alma, por Matilde Vázquez, P. Fernández de Córdoba y Manuel Luna.

Titulos varios en existencia

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.

Cancionero al día, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.

Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito. Jazz-Hot, Argentinas, Melancolías, Cubanos, «Yolox», «La Caricierita del Palaces».

Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.

Cancionero Tropical, 129 canciones. Los éxitos de todas las películas sudamericanas, de Repertorio «Música del Sur», Ediciones Hispania, Armónico y Música Moderna, 8 fotografías.

Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.

Cancionero de actualidad, Repertorio modernísimo. Los mejores intérpretes. Los éxitos más resonantes. «Si Foueto fuera Fouetina», «Rumbo a piques», «Una rubia peligrosa», «Luces de Viena». Con 22 fotografías.

Cancionero «Penas y Alegrías», la canción más linda de Juanito Valderrama.

Cancionero de los Triunfos Regionales. Los éxitos del día.

Cancionero Jovial, (Repertorio Alady-Lope).

Cancionero «Gonzales María», sus triunfos creativos.

Precio: 1'50 ptas.

Cancionero Roberto Font. Las canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los «extratos» en los estudios: alegrías y sinsabores de los «extratos»; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Ráfagas de humor, por Fidelio Trimolción, 5'00 ptas. (Lectura hilarante. Optimista. Agradable).

Recortes de Prensa, por Antonio Losada, 2'50 ptas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de tres actos. Guion de Francisco-María Estigarribia.

Precio: 2'50 ptas.

NUEVA COLECCION DE GRAN EXITO:

PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. **EL SIGNO DEL ZORRO**, por Tyrone Power.
2. **EL LIBRO DE LA SELVA**, por Sabú.
3. **¡QUE VERDE ERA MI VALLE!** por Walter Pidgeon.
4. **EL HIJO DE MONTECRISTO**, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. **EL CAPITAN CAUTELA**, por Victor Mature, Bruce Cabbot y Leo Carrillo.
6. **ESTUDIANTES EN OXFORD**, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. **CUMBRES BORRASCOSAS**, por Lawrence Oliver, Marlene Oberón y David Niven.
8. **LA JUNGLA EN ARMAS**, por Gary Cooper y David Niven.
9. **EL LADRON DE BAGDAD**, por Sabú.
10. **MARINOS A LA FUERZA**, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. **ESMERALDA, LA ZINGARA**, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.

¡Inmejorable presentación!
¡Numerosas fotografías!

PRECIO:

1. Pta.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

Josepau S. Quebrado

